EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 13, TOMO II.—JUEVES 1.º DE MAYO DE 1845.
La redaccion está en la calle del Príncipe, núm. 10, cuarto entresuelo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

ADVERTENCIA.

Año y medio de existencia cuenta *El Laberinto*, y los afanes de su editor, director y redactores han sido recompensados por el favor público, lo cual nos alienta mas y mas en nuestros trabajos. A los numerosos suscritores de este periódico acaban de agregarse los de la *Revista pintoresca del Globo*, y esta circunstancia nos obliga á reunir en un solo pensamiento el que antes tenia cada una de estas dos publicaciones. Por fortuna, sin separarse de esta idea puede continuar *El Laberinto* su mismo plan respecto de la insercion de biografías de personajes célebres antiguos ó contemporáneos, nacionales ó extranjeros: ninguna alteracion necesita sufrir tampoco en los artículos de historia, literatura, filosofía, viajes, novelas, poesías, bellas artes, industria, agricultura y comercio. Parécenos, sí, oportuno variar el método de las Revistas de Quincena, publicadas hasta ahora, pues el análisis de los sucesos que ocurren en los diversos paises y la crítica literaria, son asuntos que deben ser tratados con separacion absoluta. Para estos objetos dedicaremos dos secciones: bajo el epígrafe de *Sucesos contemporáneos*, daremos cuenta cada quince dias de cuanto notable ocurra asi en Europa como en las naciones ultramarinas, por cuyo medio tendrán noticia nuestros suscritores de las discusiones parlamentarias, guerras, negociaciones diplomáticas, etc., acompañando al testo, ya sean los retratos de las personas que mas figuren en los acontecimientos, ya vistas de los puntos en que estos ocurran, ya de las escenas que originen. Tambien cada quince dias y cuando no corresponda hablar de los sucesos contemporáneos insertaremos artículos en que, bajo el epígrafe de *Revista teatral y literaria*, demos cuenta de las producciones que se representan en nuestros teatros y de las publicaciones mas importantes que salgan á luz de las prensas españolas. En esta seccion tendrán cabida los retratos de los actores que mas se distingan en la produccion que se analice, y láminas con vistas de las decoraciones que mas gusten ó de las escenas mas interesantes del drama, ópera ó baile que se haya representado en los teatros de esta córte, sin descuidar los trajes de los diversos personajes del drama ó comedia, segun la época á que se refiera su argumento.

No necesitamos anunciar los nombres de los escritores que han de auxiliarnos en la colaboracion de *El Laberinto*; en los treinta y seis números ya publicados figuran las firmas de casi todos cuantos se han distinguido en nuestros dias en la literatura: su poderosa cooperacion no ha de faltarnos en lo sucesivo.

Exige el nuevo plan de nuestro periódico que su publicacion sea mas frecuente, por lo que hemos determinado repartir un número de ocho páginas y veinte y

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRÁFICO DEL SIGLO XIX

cuatro columnas todos los lunes, titulándose *El Laberinto, Revista pintoresca del Globo* y del *Tiempo*, á cuyos suscritores hacemos una rebaja considerable de precio.

Contamos con todos los elementos indispensables para llevar á cabo una publicacion cuyo objeto es generalizar toda clase de conocimientos, armonizando el estudio y la instruccion con la amenidad y el recreo.

Este número de *El Laberinto* es el que debieron recibir sus suscritores el dia 1.° de mayo, y para los suscritores de la *Revista Pintoresca del Globo* equivale á los números correspondientes á los dias 5 y 12 del corriente. Desempeñados asi de toda deuda con nuestros suscritores antiguos y con nuestros modernos suscritores, empezaremos el plan arriba indicado desde el número que saldrá á luz el dia 19 de mayo; prosiguiendo de la misma manera todos los lunes, sin que *El Laberinto* sufra en lo sucesivo atraso alguno.

Ha cesado el señor don Antonio Flores en la direccion de *El Laberinto*, que tan dignamente desempeñaba, desde el número pasado, y le sustituye el señor Ferrer del Rio, desde el presente número.

RESUMEN.

Biografia: D. Mariano Alvarez de Castro, por D. A F. R.=**El cardenal fingido.=Juventud y ancianidad (poesia)**, por D. A. F. R.=**Las roperias de la còrte**, por D. J. P. C.—**Poesia dramàtica**, por D. Gavino Tejado.=**Donde las dan las toman (novela)**, por D. J. M. Diana.—**Revista de la Quincena**, por D. A. F. del Rio.=**A las estrellas (poesia)**, por D. Francisco Cea.=**Variedad de juicios acerca de la belleza**, por D. Miguel Agustin Príncipe.

BIOGRAFÍA.

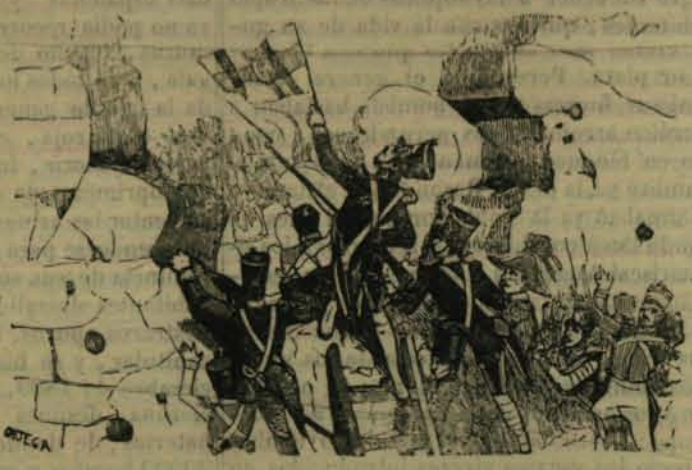
DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

JUNTO á los esclarecidos nombres de Numancia y de Sagunto escribirán el de Gerona en páginas de oro las generaciones venideras; y mientras se envanezcan las naciones con la inmarcesible gloria de sus ascendientes, será popular el recuerdo de don Mariano Alvarez de Castro, citándolo todos como modelo de honradez, de sublime y esforzado aliento, de sobrenatural heroismo. Ofrece la vida de tan ilustre militar una serie de sucesos cada vez mas interesantes hasta terminar en una catástrofe horrorosa: es un personaje que, despues de ser noble asunto para la historia, inspirará algun dia á nuestros poetas producciones que les popularicen en el teatro, pues el sitio de Gerona se presta admirablemente á la tragedia, y Alvarez de Castro reune todas las condiciones requeridas para hacerse digno del coturno de Esquilo: falta solo que los espectadores no sean contemporáneos de las heroicidades de tan elevado protagonista. Hijo de antiquísima y noble estirpe, nació don Mariano Alvarez de Castro en Granada el dia 8 de setiembre de 1749: su familia vivia con la holgura que consiente la posesion de no insignificantes mayorazgos, y la circunstancia de poseer algunos en Castilla la Vieja, y de residir allí el héroe de Gerona diversas temporadas durante sus años juveniles, hizo creer á varios escritores que era natural del Burgo de Osma. Su infancia fué endeble y enfermiza; mas recobrada su salud en fuerza del esmero y solicitud de sus padres, y recibida la educacion correspondiente á su nacimiento, abrazó la honrosa profesion de las armas como cadete de reales guardias de infantería españolas en diciembre de 1768, un año antes de venir al mundo el hombre de las conquistas, que habia de amontonar sus huestes mas tarde en torno de una ciudad casi desmantelada, tejiendo así verdes coronas á sus valerosos defensores. Siendo alumno de la Academia de Barcelona, solicitó con afan ir á la guerra contra los argelinos; solicitud que le fué negada por estar prevenido que ningun académico abandonase sus estudios. Reservado le estaba recibir el bautismo del fuego en la noble, si bien infructuosa empresa de recobrar á Gibraltar, tentada por nuestros marinos en el último tercio del siglo pasado. Allí combatia con denuedo despues de ascender á alferez por rigorosa antigüedad en 1780, cuando recibió la infausta nueva de la muerte de su madre, y no quiso retirarse de su puesto, donde le descargaban los ingleses desde el monte, segun su propio dicho, un diluvio de hierro, contestando á la invitacion que le fué hecha «como su único consuelo seria vengarse de los enemigos de su patria en momentos tan dolorosos.» Promovido á segundo teniente en 1783, obtuvo el grado de teniente coronel, y el empleo de primer teniente en el mismo año, siendo maestro de la Academia establecida en Madrid por el coronel de guardias, duque de Osuna, desde 1790 hasta 1793, en que fué á tomar parte en la guerra contra la república francesa. Se halló en casi todas las acciones de la primera campaña tan favorable para nuestras tropas: en la segunda estuvo mandando su compañía por espacio de dos meses y medio bajo el tiro del cañon de *Colioure*, y asistió al asedio y rendicion de la plaza. Ascendió aquel año á coronel, y á brigadier antes de firmarse en 1795 la paz de Basilea. Sosegado en el desempeño de las funciones de su destino, pasó Alvarez de Castro el período transcurrido entre nuestras dos guerras con Francia convertida en república, y con Francia transformada en imperio. Frisaba ya en los sesenta años, y residia en Madrid cuando lo ocuparon las tropas francesas, y al punto fué á incorporarse á su regimiento en Barcelona, otorgando antes poderes á sus hermanas para la administracion de sus bienes, y dirigiéndolas en una carta, en que resplandece la excelsitud de sus sentimientos, estas conceptuosas frases: «habiendo pisado los enemigos la »capital de la monarquía, no puedo yo residir sino »donde se hallan mis banderas, ni cuidar de otra co»sa mas que de la defensa de mi rey y de mi pa»tria.» Luego que se presentó en Barcelona, fué nombrado gobernador de Monjuich, y habiéndose apoderado Duhesme con malas artes de la plaza, no se hiciera con facilidad dueño del castillo á no haber recibido Alvarez órden expresa del capitan general del Principado: es verdad que al verificar la entrega centelleaban sus ojos de coraje; pero en aquellos dias de feliz recordacion, si con los presentes se comparan, no se rompian los vínculos de la disciplina, ni aun para conseguir victorias. Mucho alteró su salud la entrega del castillo: ya convalecido disponia su fuga de la plaza cuando se le quiso nombrar gobernador interino, de lo cual pudo escusarse alegando sus dolencias: no sin grandes riesgos le fué dado evadirse, y presentándose en Tarragona fué destinado á mandar en el Ampurdan la vanguardia del ejército de Cataluña: con las pocas tropas de que se componia socorrió á la plaza de Rosas, interceptó convoyes enemigos, entretuvo sus fuerzas venciéndolas á veces, y el marqués de Lazan fiaba toda empresa difícil de su valor y de su pericia. Hasta aquí don Mariano Alvarez de Castro no se habia distinguido mas que otros muchos militares españoles pundonorosos, leales y valientes: si, ya anciano, le hubiera sorprendido la muerte por aquel tiempo, hubiera legado á su familia un nombre limpio de toda mancha como lo habia recibido de sus padres, sin llegar á ser uno de los mas resplandecientes timbres de gloria de nuestro siglo, una de las mas colosales figuras de la heróica lucha de la independencia española, un personaje cuya memoria ha de ser rico patrimonio de nuestros anales hasta el fin de los tiempos. Asi es que para la posteridad empieza la vida de don Mariano Alvarez de Castro el dia 19 de febrero de 1809, en que fué nombrado por la Junta suprema de gobierno del reino gobernador de Gerona. Ya habia sufrido aquella plaza dos acometidas, una en junio, y otra en julio del año antecedente: en la primera escarmentaron á los franceses trescientos hombres del regimiento de Ultonia, algunos artilleros y el paisanaje: en la segunda solo pudieron mantenerse los enemigos tres dias delante de la plaza, aun cuando el general Duhesme habia dicho al emprender la expedicion desde Barcelona: *el 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26, y el 27 la arraso.* Solo tenia de guarnicion la plaza de Gerona 5673 hombres, y 14000 habitantes al encargarse Alvarez del mando: sus fortificaciones eran imperfectísimas, y su custodia requeria por lo menos doble número de fuerzas. Hombres habituados á vencer una por una á todas las naciones de Europa en batallas decisivas, mal podrian tolerar que resistiera á su ímpetu una poblacion de débiles muros: cayeron, pues, sobre ella Saint-Cyr y Augereau al frente de treinta mil hombres el dia 6 de mayo de 1809. *Será pasado por las armas todo el que profiera la voz de capitular ó de rendirse*; habia dicho Alvarez al saber la aproximacion de los franceses á Gerona. *No quiero tratar con los enemigos de mi patria; decid á vuestro general que en adelante recibiré á metrallazos á vuestros emisarios*; tal fué la altiva respuesta de Alvarez al único parlamento recibido en la plaza aun antes de romperse el fuego. Considérense estas expresiones en boca de un militar de ánimo esforzado, de proverbial energía, de fabulosa serenidad en los peligros, de constancia á toda prueba, con todos los brios de un mancebo, con toda la madurez y prudencia de un anciano: únanse á esto una guarnicion aguerrida é inflamada de patriótico arrojo, y una poblacion entusiasta y comprometida en la defensa de una causa justa, legítima y santa; téngase presente que todo lo que narramos acontecia entre españoles, y ya se puede formar una idea aproximada del memorable sitio de Gerona. Sin embargo tan magnífico es el asunto, que no podemos resistir al deseo de detenernos en algunos de sus detalles. Con el título de *Cruzada gerundense* formó Alvarez de Castro siete compañías, siendo dos de ellas de clérigos seglares y regulares; otra con el nombre de *reserva*, y ademas la compañía famosa de Santa Bárbara, en la que se alistaron hasta 127 señoras de todas clases y condiciones. Con asistencia de las juntas corregimental y económica, y del ayuntamiento, imaginó todos los medios de reunir provisiones, y de distribuirlas ordenadamente. Granjeábase por su bondad y su entereza el cariño y la confianza de los gerundenses, que henchidos de fe religiosa y ébrios de entusiasmo aclamaron por generalísimo á San Narciso su patrono. Del todo circunvalada Gerona por el mes de junio empezó sufriendo un horroroso bombardeo sostenido sin tregua ni descanso durante doce dias; mas como los gerundenses, lejos de decaer de ánimo crecian en arrojo entre el estallido y el estrago de los proyectiles, resolvieron los sitiadores dirigir todo su empeño contra el castillo de Monjuich, fiados en que no bien lo poseyeran capitularia la plaza. Custodiaban el castillo 900 hombres á las órdenes de don Guillermo Nash, y decididos á defenderle hasta el último trance cumplieron fielmente su promesa. Apoderáronse los franceses de Monjuich; pero antes transcurrieron dos meses, levantaron diez y nueve baterías, abrieron muchas brechas, y al posesionarse de aquellos montones de escombros se habian disminuido sus filas en tres mil hombres. De los 900 hombres que com-

ponian la guarnicion española murieron 8 oficiales y 511 soldados, sin quedar apenas quien no estuviese herido. Don Guillermo Nash, seguro de la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo, habia consultado á don Mariano Alvarez, y como éste retardase la contestacion, reunió aquel un consejo de guerra, y solo con su acuerdo evacuó el castillo: poco antes le llegaba la respuesta de Alvarez, en la que lejos de aprobar la retirada estimulaba á la defensa con ofrecimientos y galardones; sin embargo se llevó adelante la resolucion acordada, y al entrar los oficiales en Gerona, pidieron á una voz se les formase consejo de guerra si no habian cumplido con sus deberes. Alvarez, tan recto como animoso, aprobó su conducta. Dueños ya de Monjuich estrecharon los franceses el sitio, construyendo muchas baterías: todas ellas rompieron el fuego el 19 de agosto, mientras los sitiadores atacaban las murallas de San Cristóbal y la puerta de Francia: á fin de remediar los destrozos, y de oponer tenaz resistencia, obstruyeron los sitiados las calles que desembocan en la plaza de San Pedro, y abrieron una cortadura defendida por un parapeto. Escarmentados los enemigos por el ejemplo de Zaragoza no insistieron en la acometida por no empeñar la lucha en las calles, por lo que revolvieron contra la puerta de San Cristóbal y la muralla de Santa Lucía, punto el mas flaco de la plaza, donde causaron horribles destrozos en los últimos dias de agosto. Siendo escasa la poblacion de Gerona, no podian ser frecuentes las salidas de los sitiados: con todo, Alvarez no desperdiciaba ocasion de interrumpir los trabajos del asedio hostigando al enemigo.—¿A dónde me acogeré en caso de retirada? preguntaba al esforzado gobernador un oficial encargado de hacer una salida.—*Al cementerio*, contestó aquel severamente. Por el mes de setiembre pudo introducir en la plaza el general Conde un convoy y 3287 hombres: renovaron los enemigos el ataque el dia 11, ensanchando tres brechas, y apoyando los fuegos del frente atacado: otra vez querian proponer capitulacion, y otra vez fueron recibidos á cañonazos sus parlamentos: aumentando su irritacion con semejante acogida corrieron al asalto el dia 19: duró tres horas la porfiada lucha, y quedaron todas las brechas henchidas de cadáveres y despojos: Alvarez aparecia imponente y magestuoso en los puntos de mas peligro sin ceder á las súplicas de las tropas y de los habitantes, quienes con la vida de su gobernador se creian mas escudados que con los baluartes de su plaza. Persuadido el general francés de que ni sus fuerzas ni sus bombas bastaban á domar el heróico arrojo de los gerundenses, convirtió el sitio en bloqueo, llamando en su ayuda al tiempo, al hambre y á la peste. Razon tenia: el hambre y la peste diezmaban ya la poblacion por el mes de octubre, cuando llevó considerables refuerzos á los sitiadores el mariscal Augereau, su nuevo jefe: estériles fueron todas las tentativas de Blake por introducir socorros en Gerona, donde apenas se encontraba otra cosa que trigo, y hasta se carecia de los medicamentos mas comunes: solo en el mes de octubre sucumbieron á los horrores de la epidemia 793 individuos de tropa: se vendian por el mes de noviembre á excesivo precio los escasos víveres introducidos en la plaza por algunos paisanos, y venian á ser bocado esquisito los animales mas inmundos: inclemente el enemigo contemplaba desde lejos espectáculo tan triste, excusando peligrosos combates: renovaba, sí, las intimaciones valiéndose de aldeanos, de militares y hasta de frailes, que fueron mal acogidos ó presos por el ilustre gobernador Alvarez de Castro. Se habian convertido los hospitales en vastos cementerios: como faltaban medicamentos, casi todas las heridas eran mortales. Bajo el peso de tamañas aflicciones, á la vista de tan hondas calamidades flaqueaba el ánimo de los mas valientes; hablaban de capitular algunos, si bien pocos: otros, y estos eran los mas, proponian abrirse paso por medio del enemigo: solo Alvarez permanecia imperturbable y firme en su propósito de lidiar hasta la muerte: habia identificado su destino con el de Gerona, siendo los vínculos de este enlace la lealtad, el valor y el patriotismo. Para consuelo de todos los desastres, para alivio de todas las tribulaciones tenia un remedio poderoso; su noble teson, su inaudita constancia, su heróico aliento. Si un oficial osaba pronunciar la palabra *capitulacion* en su presencia, le interrumpia prontamente, diciéndole con enojo: — «¿Cómo, solo Vd. es aquí cobarde? Cuando ya no haya víveres, »nos comeremos á Vd. y á los de su ralea, y despues »resolveré lo que mas convenga.» Si cruzaba por su mente la idea de que al fin desmayasen los que defendian los puntos mas avanzados de la plaza, publicaba un bando concebido en estos términos. «Sepan »las tropas que guarnecen los primeros puestos, que »los que ocupan los segundos tienen órden de hacer »fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el »que huye hace con su ejemplo mas daño que el »mismo enemigo.» De continuo infundia ánimo á sus tropas. «Hijos mios, les decia, mas vale morir en la »brecha que no de necesidad.» Acaso en lo mas recio de aquel prolongado conflicto, perdida toda esperanza de socorro, y hallándose mas oscuro que nunca el porvenir de la invicta Gerona, escribió Alvarez á su hermana estas líneas inspiradas por la religion y el patriotismo, sentimientos los mas puros que brotan del corazon humano. «No sé cuál será mi suerte, »porque su Divina Magestad me quiere probar con »mis males: no he querido salir porque mi deber »me manda morir en estas ruinas. Blake no me socorre; pero Dios y mi brazo me socorrerán, y tu »hermano será leal y honrado hasta la muerte. Nada »necesito, solo deseo que estos traidores rompan.... »entonces me pondré bueno. Sé que te persiguen, »déjalo todo, y vete.» Empeoraba de dia en dia el estado de la plaza y la salud de su gobernador, doliente de tercianas durante todo el sitio; sin embargo de su boca no salian otras palabras que las de *no quiero rendirme, no quiero rendirme, y no quiero rendirme*, hasta que entrado el octavo mes de asedio, postróle al fin una fiebre nerviosa el 4 de diciembre: continuó dando sus órdenes mientras conservó sano su juicio; mas delirante el dia 8, hizo el 9 en el teniente rey don Julian Bolivar dejacion del mando. Se agravó su enfermedad de tal modo que recibió la santa extremauncion, y se le llegó á considerar como muerto. Ya no habia manera hábil de prolongar la defensa de Gerona: su gobernador, en premio de sus hazañas, habia sido nombrado por la Junta suprema en 12 de abril mariscal de campo, en 24 de mayo comandante del primer batallon de guardias españolas y teniente general en 2 de octubre, ya no podia recorrer el recinto de los desmantelados muros, vestido de grande uniforme en los dias de gala, y en todos los demas de levita de paisano, ceñida la faja de general, y guarnecido el sombrero con una cinta roja, cuyo lema era *Por Fernando VII vencer ó morir*, infundiendo ánimo á 1100 soldados que oprimidos de extenuacion y de fatiga aun podian sustentar las armas; ya no tenia plata labrada de que desprenderse para proporcionarles subsistencia, ni la renuncia de sus sueldos en favor de la tropa y de los habitantes desvalidos podia servir de remedio á los postreros apuros. Llegó, pues, el amargo trance de capitular, y se hizo honrosamente el dia 10 de diciembre de 1809, entrando el dia 11 los enemigos en Gerona, despues de levantar contra sus muros 40 baterías, de donde arrojaron mas de 60000 balas, y 20000 bombas y granadas, y despues de apurar todos los recursos del arte. Sostúvose la débil Gerona siete meses, siendo opinion de un célebre compatriota de los sitiadores, que apenas puede prolongarse mas allá de 40 dias la defensa de las mejores plazas: á pesar de todo no se rindió á la fuerza de las armas aquella ciudad invicta, *sino solo al hambre y á la falta de municiones*, segun testimonio de uno de los historiadores del enemigo. Despues de terminado el sitio de Gerona todavía ofrece grande interés la historia de su gobernador, porque don Mariano Alvarez de Castro, ornado con la aureola de los héroes, debia recibir la palma del martirio, gracias al inhumano y criminal despecho de sus contrarios. Habiendo experimentado Alvarez algun alivio en su salud hizo presente al mariscal Augereau como esperaba se le permitiese convalecer en un pueblo de la costa: su demanda fué desatendida; solo dejaron á su lado á su ayudante Satue, y le tuvieron casi incomunicado en su alojamiento con un centinela de vista. Se le intimó en la noche del 21 de diciembre con expresiones poco respetuosas su traslacion á Francia en calidad de preso: Alvarez, aunque decaido por sus dolencias, se incorporó en su cama, y dijo enojado: «Vds. son unos impostores; todas esas son estratagemas de que se valen los franceses para encubrir »su perfidia, mortificar é incomodar al que no han »podido hacerle bajar su espada. Me llevarán como »prisionero, porque la suerte lo ha dispuesto así.» Entretanto reconocian su equipaje, se apoderaban de sus armas por órden del general enemigo, y en compañía de su ayudante le hicieron subir á una calesa entre once y doce de la noche, llegando custodiado por la gendarmería en la tarde del 22 á Figueras, y siendo alojado en uno de los pabellones del castillo. Allí fué inicuamente importunado por las preguntas y provocaciones del gobernador y demas oficiales, á quienes respondió el general ilustre con noble acento. «Si Vds. son oficiales de honor, hubieran hecho en mi puesto otro tanto.» Mucho dudamos que llenáran aquella condicion militares que de tan ruin manera hacian mofa y escarnio del heroismo de un veterano, oprimido por sus achaques y sus infortunios. A las dos de la mañana del 23 siguió su camino en el mismo carruaje y con doble escolta, y llegó á Perpiñan aquella misma noche; encerrado en un oscuro calabozo del Castillet no pudo menos de preguntar indignado Alvarez de Castro al jefe de la gendarmería: «¿Es este sitio correspondiente para un general? ¿Y son Vds. los que »se precian de guerreros?»—*Patientia vobis necessaria est*, obtuvo por única respuesta, digna cuando mas de un beduino. Ni las amargas reconvenciones que dirigia á sus carceleros, ni la enérgica carta que envió al general Augereau bastaron á que se le guardasen las consideraciones debidas á su graduacion, á su edad, y mas que todo á su denuedo, á su fortaleza, á su bizarría. En un coche alquilado á su costa fué conducido por la noche del 6 de enero de 1810 á Sitgan, encerrándole en una cuadra, donde habia un miserable y hediondo aposento de tres varas en cuadro: compadecido el cochero le proporcionó una silla, un catre y algun alimento. Allí permaneció hasta la mañana del 8, en que fué trasladado á Narbona; y si bien fué mejor alojado, permitiéndosele recibir visitas, tuvo que pasar por la amargura de verse separado de su ayudante, quedando solo el ilustre enfermo en manos de sus verdugos. Esto tuvo lugar en la mañana del 9 al comunicársele la órden siguiente:

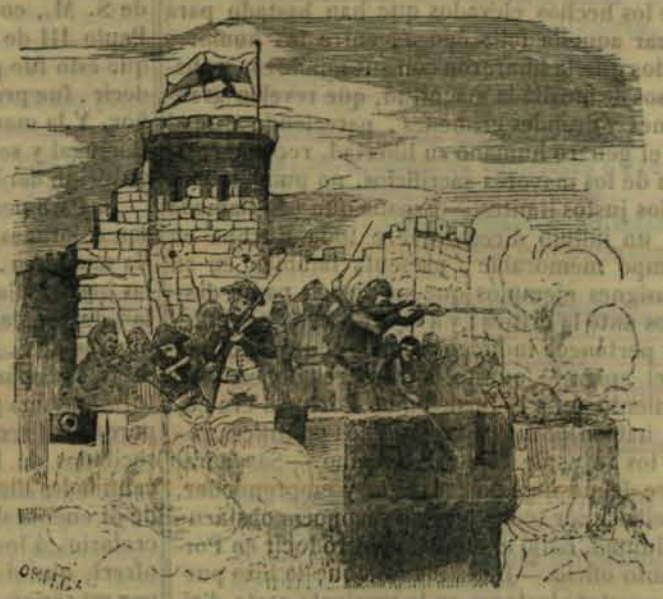
«El general debe volver, y el edecan no.—¿Con que me hacen volver? dijo el general despechado, bien: mientras no me vuelvan al *Castillet de Perpiñan*, llévenme á donde les diere la gana». Ni aun quisieron ahorrarle esta pesadumbre, pues le volvieron al Castillet y de allí á Figueras, donde exhaló el postrer aliento aquella grande alma el dia 22 ó 23 de enero, en un cuerpo de guardia negruzco y tenebroso. Su cadáver fue espuesto al público en unas parihuelas, observándose por algunos la hinchazon de su rostro y el color cárdeno del hombre que ahogan ó dan garrote. Es cosa fuera de duda que la víspera de su muerte no se advertia grave alteracion en la salud del esclarecido general Alvarez de Castro: tambien está probado que pocos momentos antes de ser espuesto al público su cadáver entró en el castillo de Figueras un sacerdote afrancesado, el cual dijo á un sugeto á quien encontró al paso.–Voy corriendo á confesar al señor Alvarez porque en breve debe morir.–Por repugnante y horroroso que sea atribuir á mariscales del imperio francés atrocidad tan execrable, dan testimonio de ella los hechos y los antecedentes. ¿A qué propendian los malos tratos sufridos por el invicto defensor de Gerona, sino á causarle una muerte desastrosa despues de una prolongada y lenta agonía? ¿Qué otra interpretacion tiene la carta dirigida á Alvarez por el primer general francés que sitió á Gerona? «*Es probable, señor general*, decia, *que algun dia os arrepintais de haberos privado del único medio de comunicacion que admite la guerra*». A nosotros nos parece que todos los que contribuyeron á tan feroz asesinato se *habrán arrepentido* de su crímen antes de su muerte, si ya han descendido al sepulcro, y que si alguno vive todavía ha pasado y pasa largas horas agitado por el desasosiego y el insomnio del remordimiento. Cuando se habla del héroe de Gerona no hay en España partidos: las Córtes de Cádiz grabaron su nombre con letras de oro en el salon de sus sesiones: el general Castaños por órden expresa de Fernando VII dispuso

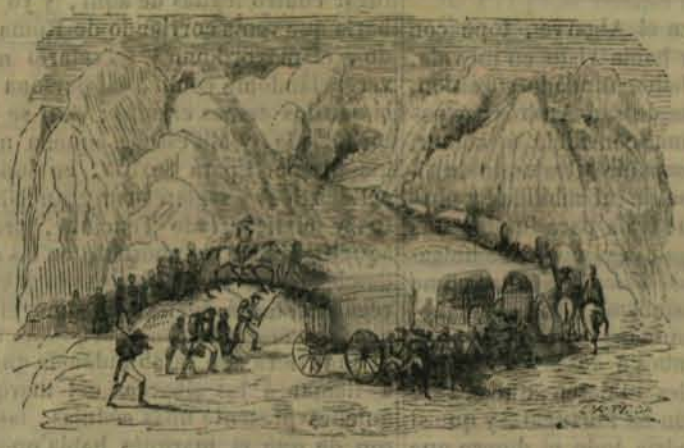
que se celebráran solemnes exequias en Barcelona el año de 1816 por el capitan general Alvarez de Castro: sus cenizas fueron exhumadas y trasladadas á Gerona, y se cerró el calabozo, en que habia recibido muerte, con una verja de hierro, consagrándose allí una inscripcion honorífica á su memoria. Segun el retrato que hace el general Haro de doñ Mariano Alvarez de Castro era éste de mediana estatura, color moreno, ojos vivos y una compostura esterior, por la que no



daba grande idea de su persona á quien no le observaba de cerca: su talento era mediano y su instruccion escasa; pero poseia para el mando un conjunto de cualidades que suelen reunir pocos. Era caballero en su modo de pensar y muy desinteresado: mandaba siempre por sí sin que nadie le dominase: se presentaba con mucha serenidad en los peligros: lo que mas le distinguia, colocándole entre el número de los grandes hombres, era su firmeza de alma, porque te-

nia esta dote de los Brutos y de los Catones en grado eminente. Al principio del asedio anhelaba que su plaza se sostuviera doble tiempo que Zaragoza: cumplido este plazo, queria que durase cuatro veces mas su defensa: donde la firmeza de los demas se acababa, allí parece que principiaba la suya. En suma don Mariano Alvarez de Castro, rico patrimonio de gloria para España, debe considerarse como modelo de militares: su triste muerte solo puede esplicarse por el encono de los que no habian podido vencerle con las armas en la mano, y fiaron su triunfo del tiempo, del hambre y de la epidemia; recursos que por su índole suelen servir de baldon y de ignominia á los vencedores, al par que revisten á los vencidos con el verde lauro de imperecedera gloria. Nada mas sublime que





un anciano de sesenta años infundiendo brios á lozanos mancebos y á militares aguerridos, y soportando despues con imponderable resignacion é indecible constancia todas las molestias de una vejez achacosa y todas las crueldades que puede imaginar la saña de un contrario poderoso y abatido hasta en su triunfo: y soportando tamañas molestias y crueldades hasta el punto de ser preciso á la impaciencia de los generales franceses que hiriera al ínclito general español una mano alevosa, para cortar el hilo de tan grande y preciosa existencia.

A. F. R.

EL CARDENAL FINGIDO.

El siglo XVI, tan fecundo en grandes ingenios como en hechos extraordinarios, ha llamado constantemente la atencion de los filósofos y literatos que han recurrido á él para tomar lecciones, hallando siempre materia de estudio en sus fastos históricos.—En medio de los hechos elevados que han bastado para caracterizar aquella feliz época, entre los hombres distinguidos que la honraron con sus nombres, se hallan sucesos de inusitada magnitud, que revelan grandes pasiones y grandes crímenes, pareciendo que al recobrar el género humano su libertad, reconquistada á costa de los mayores sacrificios, no pudo contenerse en los justos límites.—España que era llamada á ejercer un influjo directo sobre toda Europa en aquel tiempo memorable, presenta tambien en su historia insignes ejemplos que no deben pasar desapercibidos ante la crítica; y á este género de acontecimientos pertenece indudablemente el que anunciamos con el epígrafe puesto á estos renglones.—El establecimiento de la Inquisicion en Portugal era cosa que no habian podido conseguir los pontífices romanos de los reyes de este reino vecino.—Saavedra, ese hombre de un ingenio perspicaz y emprendedor, que atropellaba por todo, que no reconocia obstáculos á su voluntad, halló el medio de introducir en Portugal el santo oficio.—De la manera que lo hizo pueden verlo nuestros lectores en la siguiente carta dirigida por el mismo al arzobispo de Sevilla, despues de su prision, cuyo documento que nos parece del mas alto interés para nuestra historia existe original en la real biblioteca del Escorial que tantas preciosidades atesora. La referida carta, despues de contener los cumplimientos y cortesías de costumbre, está concebida en estos términos:

«Cuanto á lo primero, yo soy hijo del capitan Saavedra, veinticuatro de Jaen y de Córdoba, y de doña Ana de Guzman su mujer; mis trabajos, delitos é insultos vinieron del modo y órden que aquí se dirán.

» Yo fuí tenido por el mejor escribano de mi tiempo y en casos de grabar sigilos mediano ingenio; y faltándome el padre, víneme contra la voluntad de mi madre á la córte, donde por la habilidad de la pluma muchos señores deseaban servirse de mí; y como mis pensamientos árduos me hacian guerra, deseaba hacer cosas que fuesen algo mas que el uso comun de los hombres; y para esto deseando haber en mi poder las firmas de los Oidores del Consejo Real y de Ordenes, me pareció á propósito entrar y asentar por escribiente del fiscal, que se llamaba el señor de la Torre, en cuya casa y la del licenciado Polanco hube en mi poder las firmas dichas, las que traia yo siempre en mi seno, como joya rica, en un pergamino á manera de nómina. Yo deseoso de poner en órden cosas nuevas, estando en casa del señor Alderete, vino una mujer de Villanueva de los Infantes, que pedia la muerte de su marido, que ciertos contrarios suyos le habian dado y como era pobre, sus negocios iban de mal en peor: la compasion que la tuve fue grande, y así por esto, como por parecerme me tardaba, quise hacer aquí el primer ensayo de mis trazas, para que este fuese el primer modelo, en que yo conociese cómo volaban mis habilidades y en qué paraba esta labor. Al primer dia hice la primera provision de mi mano y se la dí á la mujer dicha, quedando de acuerdo que me escribiese en qué paraban sus negocios: avisóme que fué mi provision tan bien recibida y mejor que si fuera de los del Consejo Real, que por tal la tenia la buena mujer á quien se hizo la satisfaccion de su agravio, con que quedó satisfecha. Yo muy ufano por esto, parecióme que ya podia volar seguro, y que no era justo servir á nadie. Dí conmigo en Toledo, donde hube á las manos 2600 ducados, cobrados en virtud de una póliza: con esta cantidad me puse en órden y dí vuelta á la córte con pensamientos mas realzados. Yo deseaba ver en las manos y tener en las uñas las firmas del señor Carlos V y de su hijo don Felipe II, y tal maña me dí que no se me escaparon ellas y las formas de sus letras y notas. Con esto el corazon reventaba por verse con una cruz encima: parecióme que la traian otros con menos partes que yo, y por salir de esta congoja acordé en buena coyuntura de contrahacer una misiva de S. M. para el comisario de Ordenes, la cual contenia se me diese luego el hábito de Santiago con una encomienda de 3500 ducados y mas de renta, los cuales cobré 17 años y cobrára toda mi vida, si mi suerte no me llamára de aquel sosiego á negocios mas graves; y éranme las cosas tan fáciles que el dia que me vestí el hábito de Cardenal en Sevilla, dí esta mi encomienda á un mi mayordomo, y la poseia con voluntad de S. M., como despues que yo fuí preso la concedió Paulo III de la manera que está hoy dia, diciendo: que esto fue proveido de la mano misma, que quiso decir, fue provision divina y de mano de nuestro Señor. Y la manera como hice la entrada en el reino de Portugal y se plantó en él el tribunal de la santa Inquisicion daré razon aquí á todos.

» Para perderme quise criar alas y estas que fuesen coloradas usurpándolas á nuestra madre la Iglesia santísima, y para esto habiendo trazado conmigo las joyas, plata, letras y litera, que para la magestad de un cardenal eran necesarias, dí trazas, hice misivas de S. M., por las que en diferentes partes y de diversos depósitos cobré 25000 ducados, sin que criatura humana perdiese un maravedí, sino solo S. M., porque los recados que dejaba á los depositarios eran recibidos de los receptores y pasado en cuenta las cantidades dichas; y con esto me fuí á Sevilla, donde dí cuenta de mis intentos á mi mayordomo y secretario, á los cuales con juramento y voto solemne ofrecí, que si acaso yo por mis pecados pereciese, no por mí serian descubiertos: con esto y con dádivas y buenas obras los tenia tan de mi mano, que si quisiera revolver el mundo, me ayudáran; y así cuando me prendió el marques de Villanueva de Balcarrota, pensando era italiano, como me conoció y supiese quien soy y compadeciéndose de mí, le pesó de haberme preso, y sucedió de mis criados lo que adelante se dirá.

» Yo salia de Portugal en el Algarve, topé con un teatino, el primero que habia visto en mi vida, porque entonces Paulo III habia fundado su órden, al cual oí un sermon en el dia de san Andrés; y pareciéndome bien su doctrina convidéle á comer, túvele algunos dias en mi compañía y tratando de diversísimas cosas, admirándose de mi habilidad y pluma, mostróme un breve que traia para fundar una casa de su religion en Portugal; díjome que se holgaria mucho, que era del *anulo Piscatoris*, que como trataba del solo que tratase asimismo de su compañero, el cual tomándole yo, saqué un trasumpto acondicionado á propósito de ambos á dos; y visto á los padres tan contentos declaréles mi deseo, que era ser parte para meter la Inquisicion en Portugal, y que si para esto hallase medio, tendria todo el dinero que fuese necesario y las firmas del Emperador y Príncipe, y que yo habia cursado en Roma, y que de allá habria las que yo hubiese menester con solo verlas en mi poder y presencia para poderlas contrahacer. El teatino me respondió: por cierto en el mundo no pudiérades hallar otro hombre como yo para un negocio tan árduo, por los muchos que han pasado por mi mano en la curia romana, y así para lo que quereis seria necesario viniese de Roma un cardenal con la bula de *Legado à latere*, trayendo las veces de Sumo Pontífice, y habia de traer demas de la misiva del Papa otra del Emperador, que pidiese y requiriese lo mismo al rey de Portugal, y aun con todo, dudo se efectuase este negocio, que en sí tiene gran dificultad; yo le rogué me diese órden de esta bula y carta del Emperador, y todo lo hicimos de suerte que sin duda engañára con ella al Datario; y apartándome del teatino me fuí á otro pueblo del Algarve que se llama Tabela y allí quebré los sigilos y los hice dependientes, como era necesario, sin que á mis recados les faltase cosa; y para prueba de la bula, llegado á Ayamonte, primer lugar de Castilla, supe estar allí un Provincial de san Francisco, cuya llegada de Roma era muy fresca y su esperiencia en negocios de aquella córte mucha; me fuí á él y habiéndole visitado, le pedí me oyese en secreto: hízolo y yo le dije: padre mio, sabrá V. P. que algunas leguas de aquí encontré en un camino 4 ó 5 hombres que corrian la posta, y cerca de donde los topé hallé una escritura de pergamino, la cual vengo á mostrar á V. P. me diga qué cosa es, pues lo entiende, que si fuese cosa importante, aunque sepa gastar 50 ni 100 piezas de oro, tomaré la posta tras de ellos y daréles la escritura. El provincial miró muy despacio mi escritura y como la iba leyendo hacia unos gestos y meneos como quien se admira de la fuerza de la bula, y asi vuelto á mí me dijo: por cierto que esta es una bula la mas copiosa y de mas fuerza y la mas lata que nuestro Santo Padre ha despachado y despachará, y Vd. hará un gran servicio á nuestro Señor en llevarla á su dueño, que es un cardenal que no viene de Roma á otra cosa que á introducir la Inquisicion en Portugal, cosa que tantò han deseado los Pontífices y los Reyes de Castilla y hasta ahora no han podido salir con ello, y este cardenal es moro y trae órden en esa bula de correr la posta hasta Sevilla, lo mas encubierto que pueda, y allí ordene su casa y vaya al negocio dicho á Portugal, y seria gran lástima si se perdiese la bula.

Yo con esto me vine á Sevilla el mas contento de la tierra, y habidos los dineros, como arriba dije; luego yo, mi mayordomo y mi secretario tratamos de poner en órden la vajilla, literas y puerta para la capilla de la inquisicion; y ellos y yo nos comunicábamos estando en diversas partes y posadas, y sabia yo lo que se iba haciendo, y daba órdenes para toda la traza como mejor me parecia, y despues de todo junto envié al mayordomo á Granada, y al secretario envié á Córdoba, para que juntasen los criados á propósito para asistir á un cardenal que venia á Portugal de Roma; y así juntaron en Sevilla, Cordoba y Granada 126 personas, y las trajeron á Sevilla, y las iba yo reconociendo y mirando si eran á propósito, y para esto me los pasaban el secretario y mayordomo por mi posada, y yo despues me informaba de dónde eran, sus costumbres, inclinaciones; y como ya estaba todo á punto, díjeseles que se saliesen con toda la casa y arreos, y dijesen á la gente que me iban á esperar á Badajoz, y que pasasen aquella noche en un lugar cuatro leguas de aquí, y yo tomaria postas, y haria que venia corriendo de Roma, y que en llegando, el mayordomo y secretario me abrazasen, reverenciándome como á tal persona para que así lo hiciesen los demas criados; y así se holgaron todos de mi llegada, y allí estuve aquella noche, y al dia siguiente partí para Sevilla, en donde fuí recibido de eclesiásticos y seglares con grande honra y acatamiento, y el licenciado Tencinio, provisor que era en aquel tiempo, me aposentó en las casas arzobispales, donde estuve 18 dias, visitado y cortejado de todos, regalándome á porfía; y como el miembro de mis negocios era el dinero, porque no me faltase y mi casa anduviera con la abundancia que era justo, envié á llamar á los albaceas del marqués de Tarifa, á quienes presenté unas cédulas, las cuales daban razon de que el marqués habia quedado debiendo en Roma 13000 ducados: su mayordomo afirmaba que aquella letra y firma era de su amo; pero que él habia siempre acompañado al marqués desde que salió de España en Italia y Jerusalen hasta que volvió á su casa, y nunca tuvo noticia de aquella deuda; mas yo comencé á fulminar escomuniones contra los albaceas hasta que me dieron mis 13000 ducados. Como á todos es notorio, con esto salí de Sevilla, camino de Badajoz, y entré en Llerena, que hay inquisicion, y me recibió el inquisidor con grande aplauso, y habiéndome aposentado, le dije que queria visitar el oficio, lo cual hice, y tomando bastante práctica, me pareció seria á propósito llevar tres inquisidores, los cuales nombré, que son los que hay hoy en Portugal, que son el licenciado Pedro Alvarez Becerra y Luis de Cárdenas. Desde allí fuí á Badajoz, y despaché a mi secretario con las letras al rey de Portugal, el cual, sabiendo el caso, se quedó con tan extraña admiracion, y fueron tantas las cosas que hizo porque sin haberle dado parte se fuese á meter en su reino un tribunal como el de la Inquisicion, que mi secretario temió grandemente, y asi dió la vuelta adonde yo estaba sin esperar respuesta de dicho rey; y venia tan acobardado y medroso, que me hizo reir sin temor: yo le dije tantas cosas, que ya me temia mas que al rey; y aunque con lágrimas me pedia mudase parecer, porque sin duda de la indignacion de aquel príncipe no podrá resultar otra cosa que una total ruina; yo me enojé mucho, y le dije palabras tan enojadas, ásperas y terribles, que él se allanó, y me dijo viese yo lo que queria que él hiciese, que tambien sabria aventurar la vida como yo. Mandéle se volviese al rey con la brevedad posible, y no

mostrase pusilanimidad, ni que habia salido de la córte, antes tornase al punto á hablar al rey, diciéndole: qué manda V. A. que haga, ó qué acuerdo se ha tomado, porque el legado mi amo tiene un bien, y es, que como tomó la posta desde Roma á España, la correrá desde España á Roma, y dará la respuesta de V. A. á nuestro santo padre. El secretario tornó al rey, y lo hizo, y dijo como yo lo ordené, hablando al rey con mucha prudencia y mansedumbre, diciéndole era negocio guiado de la mano de Dios para el bien de todo aquel reino, y si S. A. lo repugnaba, era dar que decir á toda la república cristiana, y siendo un príncipe tan católico, antes habia de abrazar la santa inquisicion que es amparo de la fe y crisol en que se apuran los buenos. Con esto el rey me escribió una carta llena de favores, pidiéndome en ella suspendiese mi viaje á la corte por 20 dias, para tomar resolucion en negocio tan grave; y considerando que en el tiempo que se me pedia era imposible ir y venir á Roma, por no disgustar al rey, convine en lo que se me pedia de su parte; y asi Dios, que lo guiaba, al cabo de los 20 dias me envió cierto duque por embajador, y despues de grandes comedimientos y cortesías, me hizo entrar en el reino, y me llevó á la ciudad de Yelbes, 3 leguas de Badajoz, en donde fuí recibido con el aplauso que merecen personas tales. Allí me dieron el beneplácito del rey para que ejerciese mi oficio, y en todo hiciese mi voluntad, y que si me parecia pasar á su córte á verme con él, se holgaria mucho, porque él podria servir de aconsejarme, y guiarme en lo necesario y buen suceso de mi negocio, con lo que mostré mucho regocijo, estimando como era razon aquella voluntad, y asi me encaminé luego á verme con el rey, de quien y de su córte fue Saavedra tratado y recibido con la mayor pompa, alegría y gusto que se puede imaginar. Gasté en la corte tres meses, tratando gravísimos negocios; asenté las audiencias que me pareció, conocí de muchos y grandes delitos, sentencié á fuego, á otros á sambenito, galeras y azotes con la mayor rectitud y justicia que pude, arrimándome siempre mas á la misericordia que al rigor; mas como el santo Evangelista no puede mentir, y dice: *nihil ocultum quod non reveletur*. Yo habia fiado mi hecho á un vicario de Mora, á quien tenia obligado con muy buenas obras, y por pagármelas en la moneda que hacen los ingratos fué mi Judas, y convidándome á una caza, dia señalado de San Ildefonso, diciendo á la gente de á caballo que iba en mi compañía, que era mucha, echasen por otro camino para no pisar los panes, y á mí metido en una litera, como pájaro en jaula, me llevó por una senda á dar al rio que pasa desde Portugal á Castilla; y el marqués de Villanueva de Balcarrota, con quien se habia tratado mi prision, pasó el rio con grande tropel de gente de á pie y de á caballo, y me prendió; y yo como á caballero noble me descubrí, y él se me ofreció y aficionó estraordinariamente, pesándole harto de haberme preso; con esto yo tuve ocasion de salvar mi gente, que era mas de ciento y cincuenta criados, diciendo al marqués que si habia culpa en lo hecho, yo solo la tenia, y ellos estaban salvos, teniéndome todos por certísimo cardenal, como lo habia entendido el señor rey de Portugal, y que esto conoceria ser claro, pues aunque me habian preso, no procuraban huirse, antes acudian todos á donde yo estaba, no imaginando mal alguno; convencióse el marqués, y no les hizo molestia alguna, antes habiéndome visitado, se fué cada uno á donde mejor le pareció. En este tiempo me llevaron á Badajoz, donde antes habia estado 40 dias, esperando entrar en Portugal: de allí me llevaron á Madrid, donde estaba la córte de Castilla, y me entregaron á D. Juan Tabera, arzobispo de Toledo, inquisidor general y gobernador de España, el cual envió mi proceso á Paulo III, que tenia en aquella sazon la silla de San Pedro, y tambien se le enviaron los demas procesos, que yo habia hecho, asi de relajados como de reconciliados y penitentes; y considerando N. S. P. el efecto hecho, juzgó haber sido órden divina, como yo mismo lo creo, y asi mandó S. S. se me diese una penitencia piadosa, y si de mí no tuviese el cardenal entendido que iria á la córte romana, que deseaba mucho verme, que en todo caso me enviase á su presencia; pero viendo los del Consejo real que con esto trataba el cardenal de librarme, creyendo lo hacia por las muchas joyas, dinero y presentes que me habian tomado cuando me prendieron, requirieron al cardenal me entregase á los alcaldes del crímen y su judicatura, para que se procediese contra mí, diciendo que habia robado á los depósitos de estos reinos tres millones con firmas falsas; mas como el cardenal fuese gobernador de estos reinos, consolándome me dijo: «no temais, Saavedra, que tambien allá seré yo sobre juez, como por el caso de la iglesia que hasta aquí habeis estado;» y asi él propio trajo un papel breve, para que yo pudiese elegir jueces, con que fuesen de letras y conciencia, como para tal caso se requeria: yo, viendo cuánto bien me habia hecho y la voluntad que le debia, y la que los Consejos tenian de darme la muerte, no quise fuese otro mi juez, y él me rogó como me lo podia mandar, que eligiese tambien algun fraile ó clérigo, y asi lograria piadosamente me sentenciasen, pues tenia entendida la voluntad de Su Santidad; y asi como yo no quise que otro ninguno fuese mi juez, me remitió al señor Arias inquisidor de Llerena, el cual me condenó á 10 años de galeras, con requerimiento del Consejo que no pudiese escribir, so pena de la vida. Entré en una galera á servir mi oficio, acompañado de una zamarra de sayal, hábito bien diferente de la grana y púrpura (ensayos son de esta vida). Yo estuve en galeras 18 años por mis pecados, padeciendo en ellas una muerte civil, hasta que ahora plugo á Dios que N. S. que Paulo V dió un breve para que los inquisidores me sacasen de las galeras: en el puerto de Santa María le envió el arzobispo de Tarragona á Sevilla, y de allí se envió al arzobispo lo tratase con S. M., el cual mandó me llevasen á su presencia, y luego mandó que me soltasen y avisaban que mandaba S. M. no pasase á cabo alguno hasta llegar á S. R. P.: yo lo cumplí sin poner escusa, parlamos muchos ratos, y despues me hizo muchas mercedes, y las que dije á Vd. en Sevilla.—»

Creemos que nuestros suscritores habrán visto con gusto este documento, que sobre revelar el carácter de un personaje como Saavedra, da á conocer el espíritu de su época, estando ademas escrito con cierta ligereza y gracejo que hacen mas sabrosa su lectura.

JUVENTUD Y ANCIANIDAD.

A mi amigo D. F. M. en sus dias.

Por vez primera el sol de tu mañana
nuestra amistad benéfico esclarece;
con su luz mis abriles engalana
y tus ya mústios años reverdece.
Si noble inspiracion mi pecho agita,
si de gozo palpita,
y si mi voz con apacible calma
cánticos dulces para tí modula,
no el dócil lábio su espresion formula,
puros brotan de lo íntimo del alma.

—

Naciste en Aragon, insigne tierra,
de varones ilustres alta cuna,
leales en paz, indómitos en guerra,
fuertes en la desgracia y la fortuna.
Robustos nacen, poderosos crecen,
si aman ó si aborrecen,
es con el corazon; nunca en su mengua
quebrantaron la fé de caballeros;
si una palabra pronunció su lengua
la sostendrán hasta la muerte fieros.

—

Aun arde en mí de juventud el rayo
y me alimento de ilusiones vanas:
límpidas cual la nieve del Moncayo
tu sien coronan venerables canas:
Ufano en el otoño de la vida
muestras tu frente erguida,
y mi rostro decae entre amarguras:
en ambos se compendian dos historias,
en tí un pasado de inmarchitas glorias,
y un porvenir en mí de desventuras.

—

Galan y apuesto y con airoso porte,
noble ademan y profesion honrosa,
de Cárlos IV en la esplendente córte
viste correr tu juventud gozosa.
Del alto Pirineo gente extraña
se arrojó sobre España,
y entonces tú, los españoles todos
cerrásteis contra el águila estranjera,
y ensalzaron la patria de los godos
Medellin, Arapiles, Talavera.

—

No me cupo tan plácida fortuna,
pues, sin agravios de Inglaterra ó Francia,
sangre española salpicó mi cuna
y el cóncavo cañon tronó en mi infancia.
Rota la lid de hermanos con hermanos
sañudos y tiranos
en puñales convierten sus espadas:
¡Solo desolacion y aciago luto
al espíritu brindan las jornadas
que civiles contiendas traen por fruto!

—

Hoy de pasiones en revueltos mares
España corre tempestad deshecha;
mas el temor de riesgos y de azares
los amistosos vínculos estrecha.
Mientras rujan en choques turbulentos
las ondas con los vientos,
del doméstico albergue guarecidos
mostrémonos cual diamantina roca,
y por afecto mútuo sostenidos,
juntos lloremos si llorar nos toca.

—

¡Bien tarde te descubro en mi camino
como fanal que alumbra mi existencia!
¡Tarde halló el fatigado peregrino
con tu amistad alivio á su dolencia!
Anhelára tus penas y alegrías
siempre haber hecho mias,
aunque viera á mi estrella refulgente
descendiendo de súbito á su ocaso,
cano el cabello, pálida la frente,
trémulo el pulso, vacilante el paso.

—

Si opuesta edad nuestro vivir domina,
si vario instinto en nuestra mente flota,
á la sombra tambien de añosa encina
lozano el olmo en los verjeles brota:
préstale aquella protector escudo,
que del embate rudo
de aquilones y lluvias le defiende;
y antes que al tiempo su tributo rinda,
pomposo el olmo su ramaje tiende,
y á quien debe su sér apoyo brinda.

—

Una palabra tuya me da aliento,
aun cuando gima en lúgubre tristura,
para mí es de un oráculo tu acento,
es para tí de un hijo mi ternura.
Mi ardiente corazon te llama amigo,
y el cielo me es testigo
de que si algun peligro amenazára
tu soberana frente encanecida,
mi cariño sin fin no vacilára
en rescatar tu vida con mi vida.

—

Véle por conservarla el Dios del mundo
sin que la agiten ráfagas de penas:
mi dicha, mi ambicion, mi gloria fundo
en ver tus horas resbalar serenas.
Y cuando llegue el término preciso
de trocar en ameno Paraïso
este arenal de espinas y de abrojos;
no temas, no, que trémulo sucumba
si una lágrima brota de tus ojos
para regar mi solitaria tumba.

Madrid y mayo de 1843.

A. F. R.

COSTUMBRES.

LAS ROPERÍAS DE LA CORTE.

El que espera desespera: á rey muerto rey puesto: el hábito no hace al monje; y el quitate tú para ponerme yo (la mejor verdad de los gobiernos representativos), son las bases fundamentales sobre que descansa el edificio de las ROPERIAS. Y esto no há menester de ninguna esplicacion, porque el lector se lo encontrará esplicado en el curso de este articulito. Ante la institucion de las ROPERIÁS no hay mas remedio que quitarse el sombrero, y no pasar adelante sin saludarla como la mas preciosa institucion. Si es

indudable que en este mundo se vive de prisa, y hay que correr de continuo por no llegar tarde, las ROPERIAS nos visten de prisa y corriendo: si la estadística quiere comprender el número de lechuguinos pobres, con la especificacion de flacos y gruesos, rechonchos y espigados, en las *roperías* se encuentra este cálculo realizado con la posible exactitud. Allí se albergan las novedades habidas y por haber, que lo ancho y lo corto, lo estrecho y lo largo, en todos los géneros y en los colores todos se combinan de mil maneras, se depositan en sus almacenes, y puede asegurarse que de allí salen las modas aunque de diversos modos que las modas son. ¿Quién no acude en momentos de apuro á las *roperías*, y allí apura la copa del bálsamo consolador hasta las heces, es decir, se viste de pies á cabeza? Respóndanme los que nieguen la bondad de esta institucion. ¿Qué seria sin *roperías* la solemnidad de las fiestas, la etiqueta en

casos imprevistos? Mírate, lector, en este espejo, y dime luego si ese que puede ser hasta un padre de la patria, que ni tenia *casaca*, que algunos así la llaman, ni *chupa*, aunque de esto no debe carecer ningun diputado, podria asistir al besamanos, á no haber acudido á *la fuente*, no el maestro sastre, sino á la *roperia*, manantial inagotable de improvisacion.

Pero estos son aun muy escasos beneficios comparados con los que voy á enumerar. ¿Cuántos ¡bella institucion! cuántos desarrapados no vivirian sin ti desarropados un tiempo, mal arropados en otro? ¿Pues y de los jovencitos, á quienes el dinero les hace cosquillas, qué seria si tu benéfica mano dejára de hacerse dueña de su primera tentacion?—Que se echa el calor encima.—Tú vives para echarte encima de él y templas sus rigores.—Que los frios y los hielos se empiezan á sentir. Y tú sientes mucho que no sean terribles é intensos para tener mayor gusto en aliviarlos.—Que le muerde á uno un perro en medio de la calle y le arranca el bocado; que se engancha en un clavo y se deja medio faldon. No hay que apesadumbrarse, la roperia está abierta, y en ella se pone la pieza que mejor viene y acomoda.—Que hay quien anhela ser elegante por poco precio, para contar luego "que el vestir le cuesta un ojo de la cara.» La ropería le lanza en el gran mundo con arreglo al último figurin. ¡Cuántos harán salir de los talleres de Utrilla, Iturriaga ó Borrel, lo que salió de los portales de San Isidro, ó de las *roperias* de la *Sirena*, el *Turco* ó *San*

José! Vea Vd. si los muy tontos para escusar la mentira, no era mejor que dijeran:—«Visto en *roperia* porque los sastres de fama me concluyen la obra de verano cuando el frio amenaza echarse encima.» En las *roperias* todo se encuentra elaborado, y lo que no, mientras se da un paseo por Madrid lo tienen concluido; y el consumidor, para decirlo todo, está libre de comprar armario, libre de que le roben los trajes, libre de que les carcoma la polilla y hasta de que pase la moda, por aquello de á *rey muerto rey puesto*, y *quitate tú para ponerme yo*.

Las *roperias* de la córte son la *cola* y forman á la *cola* del gran pescado que llaman *Comercio*. Raro es el establecimiento, y deja de ser *roperia* el que se encuentra aislado y vergonzante. Bien sea en los *portales de San Isidro*, ya en la *Plaza Mayor* ó en frente de *Santo Tomás*, se encuentran las *roperias* en comunidad, formando una especie de cadena y en casas tiradas á cordel. Y es tal la armonía en

que viven, que siendo distintas todas ellas parece que tienen un solo amo verdadero. Esto es tan cierto, que prescindiendo de la bondad del género, el que deja la primera tienda para ir á comprar á la última, lleva la desventaja de que no le vale el disimulo ni el quererse hacer de nuevas, porque el ropero de la última tienda ha recibido por extraordinario noticia circunstanciada de cuanto le ha pasado al marchante en las *roperias* que ha dejado. Esta clase de establecimientos siempre buscarán asilo en los soportales, porque allí las tiendas son en lo posible tenebrosas, y la obscuridad favorece los designios de los interesados. No de otro modo pudiera disimularse la puntada larga, ni pasar como hilos finos los tejidos de cordeles. Con todo, y á pesar de las tinieblas, que no son otra cosa las *roperias* para los que dejan á la puerta la clara luz del sol, los roperos hacen un estudio formal de óptica práctica, de la cual sacan tan gran partido para con los colores, que hacen de lo blanco negro y de lo negro blanco. No hay por lo mismo que santiguarse si se compara á las roperías con el *mundo nuevo*, donde el comprador ve cosas que jamás han sido, por el ventanillo que el ropero le presenta. ¿Y cómo sin todas estas artes habia de vender por diez lo que no puede menos de costar treinta? Es indispensable que á mas de aprovecharse todo, de no desperdiciar retales, de trabajarse lo menudo de las sobras de lo mayor, de casar el azul turquí con el celeste y el *grans* con el grana, se apodere la mágia de todos estos ingredientes y presente una levita, cuyas cuatro hojas de las mangas sean de distinta flor, y se venda como si fueran hijas de un mismo capullo. Veamos todavía.

El ropero nace y se educa sobre el terreno y amamantado en la trastienda de la tienda oscura, ya su abuelito mira y se sonrie al contemplar á su nietecillo, murciélago en la oscuridad, y águila ante los fuertes y claros rayos del sol. En el círculo que recorre la criatura cuyo perímetro es el de las roperías circunvecinas, todas son luces para él. Apenas planta los pies en el suelo, ya le echan sin andadores en los suyos, y entre ellos continuamente va discurriendo poco á poco por el camino de la gloria que le señalan. La primera frase que pronuncia con perfeccion, y que dice á todo el que pasa por la tienda, es la de—¿Qué quiere Vd., caballero? Y en decírsela á todos inclusos los que ni lo son, aunque lo parezcan, ya el chiquito da muestras de artista. A medida que crece se va empleando en hacer telégrafos y por medio de estos, trae y lleva el parte de todo cuanto entre roperos y compradores tiene lugar en las demas *roperias*. Asi tiene el maestro noticia anticipada del que viene de otra tienda, qué es lo que quiere, si ha de ser ancho ú estrecho, cuál es el color que merece su predileccion, con el precio que le pusieron y lo que llegó á ofrecer. ¿Qué le importa al mancebo ó séase hortera, que el que ve venir, desde la última tienda, se haga el disimulado como quien no quiere

la cosa, si él se ha comido la partida y comiéndose á toda prisa palabras para justificar el proverbio, *hablar mas que ropero*, le dice:—Caballerito, caballero, levita medio color, pantalon claro? Venga Vd.; venga Vd., caballero, que aquí lo hay superior; paño sedan, de balde. Y el marchante siempre indiferente, como todo el que compra, que mira en la indiferencia baratura, le contesta.—No, no tiene Vd. lo que yo quiero—¡cómo que no! pase Vd., pase Vd., caballero, y verá...—¿A qué gastar tiempo? —¡Caballerito, por ver no se pierde el tiempo y por ver cosa buena, no se pierde, al contrario se gana. Sí señor, porque aquí todo es baratísimo, á precio de fábrica, y todo riquísimo.

Al fin entra el hombre. y el mocito que le ha dado ya una buena mano de jabon, y puesto suave como una manteca, se le entrega al profesor, camastron de por vida y con mas política que la que hemos gastado en estos últimos años: su primer saludo es:—¡Ola, parroquiano! (y no importa que jamás haya entrado en su tienda). ¿Vd. querrá levita y pantalon?—Sí señor, lo ha adivinado Vd.—De moda ¡por supuesto! aunque no exagerada, porque hoy, amigo mio, se llevan unas levitas tan anchas y tan bajas de talle, que no es eso lo que reza el figurin!—Ahí tiene Vd. el último que ha venido, y aun ese puedo apostar á que es un tanto exagerado, porque en Paris, amigo mio: ¡en Paris tambien se exagera!—Mucho que sí.—Sí señor, mucho, muchísimo, y luego hablan de nosotros: ¿Vd. querrá color de moda?—Bueno, ¿y qué color?—Muy lindo, se llevan color de pasa verde no pronunciado y el mas en boga es el color de agua tibia.—Aquí tiene Vd.... esta levita le debe estar clavada. Un sugeto ¡buen mozo! por señas, asi de su estatura de Vd., se acaba de llevar otra igual. Pase Vd., pase Vd., aquí á la trastienda y pruébesela, que me figuro le ha de estar pintada. ¡Qué paño, qué paño! legítimo de Tarrasa, tiéntelo Vd. y verá como parece seda ¡y qué cuerpo! vamos, esta pieza me ha salido cabal. Si es lo que se dice; vale mas pagar una peseta mas caro y quedar bien servido.

El buen hombre entra á probarse la levita y la niña de la casa bien por excesivamente pudorosa, bien por no presenciar la consumacion de la mala obra, la faltan manos con que taparse la cara. Y sale el desgraciado a

la tienda con la levita puesta, que así le sienta bien como pudieran sentarle unos hábitos de monja, y dice el ropero:—¡Caramba, ni pegada al cuerpo le estaria á Vd. mejor! ¡Qué, si parece que la han pintado! Mírese Vd. al espejo, le dice con todo descaro; y se mira el infeliz, y no se ve, que si se viera, cómo habia de salir á la calle con aquella concha de galápago.—Hombre, me parece que me está ancha de cuerpo.—No señor, lo que está es un poco *jugosa* y asi es como se gastan.—¿Y esta manga no le parece á Vd. estrecha?—¡Calle Vd. por Dios! si la manga de *codo* está hoy en boga. Alza mi hombre los brazos, y se encuentra cada costado convertido en frente de vieja, ó mejor dicho rizados.—¡Hombre! ¿y estas arrugas?—¡Toma si levanta Vd. los brazos, claro está que habrá arrugas, pero Vd. no ha de ir por la calle con los brazos levantados. Lo que tiene es un poquito de *avellanado*, y esos no son *gallos*. Si le gusta á Vd. la levita, se remedia esa falta, en la inteligencia de que se lleva Vd. una ¡buena pieza! Al fin se ajustan, y descose el maestro las costuras de los costados, y puesta y todo por medio de un encharon y estopas, hace unos cuantos rellenos de las que eran arrugas y sale nuestro hombre con su levita mas redondo que una bola.

Esto poco mas ó menos son las *roperias* de Madrid, en donde todos cuantos entran son medidos por un mismo rasero, donde se hace el milagro, no ya de lo que viene grande y ancho, amoldarlo al cuerpo, sino lo que viene corto y estrecho, hacerlo dar de sí á fuerza de estirarlo con tenazas: donde el que entra tiene indispensablemente que hacer gasto, porque el ropero no gasta en balde su saliva, y donde se alquilan competentes trajes que se lucen como propios en las sociedades que pasan de candil y no llegan á candelero.—**J. P. C.**

POESIA DRAMATICA.

En un artículo anterior hemos negado la cualidad de popular á la poesía lírica de nuestros tiempos.—Fundábamos nuestro aserto en la falta de armonía, que existe entre los afectos y las ideas del poeta contemporáneo, y los del pueblo para quien escribe: falta, que produciendo el necesario efecto de no poderse entender el uno al otro, hace que jamas se busquen, porque ambos estan seguros de no poderse acercar lo bastante para comprenderse ó para estimarse dignamente.

La poesía dramática, atendidos su objeto y su fin, no puede ser juzgada bajo el mismo supuesto, pues que en esta el poeta piensa desde luego y no puede menos de pensar en el pueblo, para quien escribe; asi como éste sabe á su vez que se ha escrito para él espresamente; y vá á buscar á quien le emplaza para inspirarle un afecto ó para comunicarle una idea, que mas ó menos distantes han de estar precisamente á la altura de su sensibilidad ó de su entendimiento.—Y como esta relacion no puede dejar de existir constantemente entre el poeta dramático y el pueblo, la poesía dramática debe ser, y es necesariamente popular.—La popularidad, pues, es una esencia de la poesía dramática, siquiera en sus accidentes de estension y de duracion haya de sufrir las modificaciones que le impriman por una parte el mayor ó menor cambio de afectos, de ideas ó de costumbres del pueblo, y por otra la mayor ó menor habilidad del poeta para hacer mas ó menos comunes y duraderas las impresiones, que intentó producirle.

Ahora bien: ¿hasta qué punto de progreso ó de decadencia ha llegado entre nosotros el arte de producir estas impresiones?—Qué es nuestra actual poesía dramática?—¿Cuál es su tendencia presente? ¿Cuál es su porvenir probable?—Hé aquí las cuestiones acerca de que nos proponemos decir á nuestros lectores lo que nos ocurra, contando llanamente las observaciones generales que hayamos hecho, y aventurando alguna vez nuestro humilde juicio acerca de estas mismas generalidades que hayamos observado.

Ni nos proponemos hacer aquí una profesion de fé literaria, ni somos tan inmodestos que pretendamos revelar dogmas ni erigir doctrinas.—Queremos solo dar á conocer nuestras opiniones respecto á la generalidad de lo que vemos, con ánimo firme de no apartarnos de ellas al individualizar alguna vez nuestro juicio, á menos de que cambien nuestras convicciones.—Tampoco importunaríamos al lector con estas advertencias, sino nos propusiéramos dedicar una série de artículos á pasar una revista tan detenida, cuanto nos permitan nuestras fuerzas y la estension de este periódico, á varios nombres ilustres, y á varias obras justamente celebradas en distintos géneros de nuestra literatura contemporánea.

Dicho ya cuanto nos parece respecto de la poesia lírica de nuestros tiempos, y proponiéndonos ahora hacer lo mismo respecto de la dramática, creemos oportuno recordar algo de lo que ha sucedido en ella á fin de llegar con mas seguridad al punto de partida, que nos conduzca á juzgar de lo que sucede.

No intentamos resucitar la ya *mohosa cuestion* del clasicismo y del romanticismo, como felizmente la llama un gran poeta, nuestro amigo; pero es indispensable que al trazar el bosquejo de nuestras revoluciones literarias se nos vengan á la pluma aquellos nombres, que aunque mal definidos y tan mal entendidos, como todo lo que no ha sabido definirse, representan sin embargo un órden de ideas conocidamente distintas, y fueron la fórmula adoptada por dos escuelas enemigas, aunque no tan encarnizadas como ellas se figuraron.

El clasicismo, pues, escesivamente rigoroso en sus preceptos, y sistemáticamente encerrado en una esfera harto limitada no admitia, propiamente hablando, mas que dos especies de dramas, la tragedia y la comedia.—Precisa y constantemente habia de ser la primera «una representacion de grandes é

ilustres sucesos fabulosos ó verdaderos, ocurridos entre personajes ilustres, y en la que no se admiten mas resortes dramáticos que el terror y la compasion.»—Precisa y constantemente habia de ser la segunda «una representacion de los hechos comunes y vulgares de la vida social, ocurridos entre personas tambien comunes y vulgares, dirigida á la correccion de las costumbres por medio de la sátira.»—La musa de la tragedia siempre lleva por atributos el coturno y el puñal: la musa de la comedia lleva chueco en los pies, y careta en la mano.—Nada, absolutamente nada se admite en la una, que sea propio de la otra, y se respetan en su círculo respectivo con una religiosidad verdaderamente fanática.—Incurriria en terrible anatema quien ingiriera entre los graves diálogos de los héroes tragicos la pulla de un cortesano maligno, ó el galante requiebro de un trovador festivo: no seria otra la suerte de quien en los diálogos tranquilos y modestos de la comedia se atreviera á interpolar un sentimiento apasionado y heróico, ó una idea sublime.

Nada importa á los clásicos que en el mundo vivan unidos y confusos lo sublime y lo ridículo, lo patético y lo alegre.—La verdad filosófica y eterna, la existencia material y constante no son, ni pueden ser para ellos la verdad y la existencia dramáticas.—Hacen dos mundos de uno, limitando su término respectivo con una barrera de reglas y de preocupaciones, que jamás puede traspasarse impunemente.—Llaman á la poesía *arte de imitacion*; y sin embargo por una contradiccion inconcebible, al paso que en el capítulo dramático de su intolerante código literario proclaman como dogmas todas las trabas del *arte*, vienen de hecho á separarse de la *imitacion*, dividiendo con tan tenaz divorcio en la escena sucesos, sentimientos é ideas, que pasan y obran simultánea y recíprocamente en el mundo, de que es aquella espejo.—En su furor de metodizar y de clasificar, han hecho los clásicos á la poesía una prisionera cargada de cadenas de oro, y tan rigorosamente subordinada al analisis, que la inspiracion, la fantasía perdieron su vuelo primitivo; quedando herida de muerte la libertad de pensar, y mucho mas, aún la libertad de sentir.

¿Cuál debió ser, cuál fué efectivamente la consecuencia de esto?—Como en lo humano todos los fenómenos físicos y morales se reproducen alternativamente por una fuerza de accion y reaccion contínuas, sucedió en literatura lo mismo, y por lo mismo que sucede en política, que sucede en religion.—Del despotismo á la anarquía: de la supersticion á la impiedad.—En la poesía dramática, se pasó de la tiranía al libertinaje.

La reaparicion del drama en el siglo XVI enarboló con tales arranques la bandera de la independencia, que su primer caudillo se jactaba de *encerrar los preceptos con seis llaves*.—Ya no hay límites en la tragedia y en la comedia; la una invade sin consideraciones el terreno de la otra, y entra con tan asoladora furia, que ya no se sabe cuál de las dos es la que queda viva: parece que ambas han perecido al mismo tiempo, ó que se han borrado cuando menos todos los caractéres de su primitiva esencia.—A la metódica unidad, á la urbana sencillez de Plauto y de Terencio sucede la desaforada complicacion de Lope, la picante malignidad de Tirso, la fantasía tantas y tantas veces estravagante del gran Calderon.—Tal era el drama español en el siglo XVII; con estos títulos se habia presentado á invadir la Europa literaria; con este desconcierto, con esta mezcla asombrosa de genio y desórden, de grandeza y estravagancia llegó á la corte de Luis XIV.—Aquí lo esperaban el genio de Corneille y de Racine para cortarle las alas, para reducirlo á proporciones mas propias, y para vestirlo con nuevo ropaje.—Podian y querian ser sus moderadores; pero el criticismo de su siglo se habia declarado reaccionario, y los obligó á andar mas atrás de lo que deseaban:—la intolerancia clásica se alzaba otra vez con su irritante cohorte de restricciones exageradas, con su pedagogismo dogmático; y no habia mas remedio que obedecer sus leyes, so pena de suicidio.—Todo se midió desde entonces con el mas exacto compás en el teatro francés, las palabras, las ideas, los sentimientos: todo se moderó conforme á la severidad griega, sin mas modificaciones que las indispensablemente ocasionadas por el genio del idioma y la religion de los modeladores.—¡Qué no hubieran hecho los grandes dramáticos del siglo de Luis XIV, gozando de alguna independencia, cuando tanto bueno hicieron en medio de aquel clamoreo, que sofocaba sus inspiraciones!

La historia del drama español en esta época tiene muy poco que contar.—Habia ya pasado la buena memoria de nuestro siglo de oro, y habian en cambio sucedido los pálidos remedos de la corte francesa: de las tradiciones de aquel no restaban ya mas que los abortos de Comella, y las imitaciones de esta debieron ser poco estimadas de un pueblo, que tenia muy poco de comun con Francia.—Necesario es que lleguemos al inmortal poeta, al gran filósofo, autor de la *Mojigata*, *del Cafe*, *y del Si de las niñas* para hallar algo verdaderamente digno de ser contado en nuestro repertorio dramático, posterior á Rojas, Alarcon y Moreto.

Pero así como en el tiempo no pueden ser constantemente iguales todas las cosas, tampoco pueden serlo en el espacio.—Mientras la Europa del mediodía no ya olvidaba precisamente, sino mas bien anatematizaba los recuerdos de Calderon, el norte guardaba religiosamente los tesoros de su genio, y evocaba sus creaciones de la tumba de gloria, y se ceñia la Alemania sus laureles.—Entonces y allí se levantaba la cuna de ese romanticismo tan ruidoso, que desde las manos espertas y seguras de Schiller y de Goethe habia de pasar algunos años despues á inflamar la imaginacion febril de un francés atrevido, que á su vez habia de traspasar á nuestra España el magnífico desórden de sus concepciones admirables.

¡Quién habria conocido en esta época á la Francia de Boileau! ¿Quién hubiera dicho á este patriarca del preceptismo que su descendencia habia de revelarse con tan monstruoso brio?—Porque la Francia romántica era monstruosa; su revolucion literaria del siglo XIX solo puede compararse á su revolucion política del siglo anterior; el mismo vértigo, las mismas profanaciones, la misma grandeza, la misma estravagancia, y..... digámoslo, la misma fecundidad.

Romántica fue la Francia, y romántica fue la España, porque hace ya medio siglo que esta, si no es, quiere al menos, ó parece que quiere ser todo lo que es aquella.—Tambien tuvimos nosotros nuestros *poetas amargos*, *de tumba y hachero*, como les llamaba un crítico sagaz y festivo, que tenemos á honra conocer.—Preciso es confesarlo: todos cuál mas, cuál menos, y en esfera mas ó menos lata saludamos con delirio la musa terrífica de los puñales y venenos, lanzándonos en esa edad de casco y manopla, que llamamos siglos medios.—Estos eran la fuente, en que se bebian las inspiraciones románticas, y á ella nos arrojamos con tan ardiente sed y con tan ciego paso, que la dejamos casi agotada sin haberla conocido.—Acabemos de hablar del romanticismo, diciendo que esta revolucion literaria, como todas las revoluciones en lo humano, se propuso sin duda un fin bueno; pero que sujeta á las condiciones de la mísera humanidad, usó de medios malos.

Nada, sin embargo, pasa estérilmente por esta humanidad.—Ese mismo romanticismo con todos sus estravíos, con toda su violencia revolucionaria vino á mostrarnos el peligro, á que conducen siempre los sistemas estremos; y por lo mismo que nos ha descubierto sus deformidades, dejándonos á la par el rastro de sus bellezas, pugnamos por rechazar las primeras, adoptando las segundas, y fundiéndolas con todas las que anteriormente existian.—Por lo mismo que estamos en un siglo de transicion, vamos dejando de ser exclusivos.—No hemos aun llegado á saber bien, qué es lo malo y qué es lo bueno; pero ya admitimos como principio literario que no hay mas géneros que lo bueno y lo malo.—Esperemos, esperemos, y vamos haciendo entre tanto lo que debemos hacer, esto es, darnos cuenta, si es posible, de lo que pasa por nosotros para comenzar nuestras indagaciones acerca de lo que debe pasar.

En medio de esta vaguedad y de esta incertidumbre de sus propios elementos, con que lucha nuestra civilizacion presente, es indudable que se la vé proseguir una idea dominante, que á la condicion de su claridad junta la de ser su mejor esperanza; vésela ir constantemente en busca de un equilibrio, donde se sostengan mútuamente la libertad y el órden, el recíproco respeto y la debida independencia entre lo completamente pasado y lo nuevo presente.—Esto que sucede en política, que sucede en moral, tiene tambien lugar en literatura.

Seguramente nadie tendrá tan poco amor propio que quiera salir cantando en son bucólico el amor ya añejo de las Filis y los Palemones, ni calzarse el coturno para resucitar la cólera de Medea, ni los tristes hados de Edipo; pero seguramente nadie esta tampoco tan deseoso de silbidos, que intente volver á presentar en nuestra escena las bacanales de Margarita de Borgoña, ni la repugnante perfidia de Lucrecia Borgia, ni la lúbrica osadía de Antony.—Es muy probable tambien que nuestro público desertase del teatro, si algun feliz imitador del ilustre Moratin no diese á sus dramas accion un poco mas viva de la que se encuentra en las obras de aquel peregrino ingenio; no obtendria mejor éxito tampoco el que se propusiera llenar la escena con las mal hiladas tramas y la prodigalidad lírica de nuestros antiguos dramáticos.

Triste es que hayamos de esplicar las exigencias del público, nuestro contemporáneo, por medio de negaciones; pero desgraciadamente, en nuestro concepto, no puede ser de otro modo.—Y en último resultado ¿para comenzar á averiguar lo que el público quiere, no es lógico empezar por observar lo que no quiere?.... Podrá desconsolarse un pesimista no encontrando en este modo de razonar mas consecuencia que la de que el público no quiere nada, ó no sabe lo que quiere; pero la cuestion presentada así se resuelve por la esposicion de los hechos.—El público va al teatro, cuando lo llaman; esto lo vemos todos, aun cuando sea tristemente necesario rebajar de esta asistencia, que aseveramos, la distraccion pasajera, que le ofrecen otros espectáculos, que le fatigarán pronto.—Tambien vemos que el público aplaude algunas veces; y cuando aplaude, no hay mas que creer sino que lo que aplaude, es lo que queria.—Rebajemos todavía de esta asercion las veces que el aplauso sea debido á ciertos accidentes puramente locales y transitorios, que no deben ser la guia del poeta dramático, que tenga en algo su reputacion y sus intereses.—Siempre nos quedarán en pie dos verdades incontestables: primera, que el público acude al teatro: segunda, que aplaude algunas veces; y así tiene que suceder, so pena de negarnos absolutamente lo primero, porque si nunca el público tuviese ó esperase cosa que aplaudir, seguramente no acudiria al teatro.

Pues bien, ¿qué es lo que aplaude el público?... Por una parte el Arte de conspirar, el Vaso de agua, la Rueda de la fortuna, Bandera negra, la Entrada en el gran mundo; por otra parte, los Amantes de Teruel, la segunda parte del Zapatero y el Rey, Guzman el Bueno; por otra parte, Las Travesuras de Juana, El qué dirán, y el Pelo de la dehesa.—Aquí tenemos obras de distintos autores, de distintos géneros, ejecutadas en diversos tiempos

de la última década transcurrida.—¿Y qué hay, preguntamos, echando una rápida ojeada en estas obras que hemos enunciado?—Hay tradiciones populares evocadas con oportunidad, y ataviadas con la gala de una poesía rica sin prodigalidad, clara sin prosaismo, sonora sin afectacion.—Hay intrigas palaciegas, cortesanía refinada, desengaños útiles, verdades vulgares, que forman la trama de un argumento, que empeña la atencion y no la fatiga: variedad de incidentes bien enlazados y sin complicacion: epígramas agudos sin oscuridad, delicados sin tibieza; diálogo fácil y animado: caractéres bien revelados.—Hay en fin, pintura fiel de costumbres, oposiciones bien entendidas, cuadro puesto en accion de las pequeñas miserias del corazon humano en todos tiempos, y un colorido aun mas animado para las que son de pura actualidad.—Vemos en estas obras que el interés que nos inspiran, consiste mas en los acontecimientos del drama, que en las pasiones que los han ocasionado.—Sentimos allá en el fondo de nuestro amor propio cierta lisonja por haber acertado con la existencia de aquellas pasiones, que el poeta nos presenta en accion, sin habérnoslas antes pintado; y lo mismo nos sucede, cuando nos da éste un epígrama agudo, ó un dicho ingenioso, cuya inteligencia creemos fuera del alcance del vulgo.

GAVINO TEJADO.

NOVELA.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

CAPITULO IV.

Ir por lana y volver trasquilado.

Ahora siguiendo la costumbre de todo el que se propone narrar minuciosamente algun hecho, deberíamos minuto por minuto dar cuenta de los movimientos de todos los personajes que juegan en esta verídica historia; pero faltando á lo establecido por la costumbre, ente caprichoso y despótico que sanciona y santifica los mayores absurdos, parécenos conveniente referirnos á dos horas despues de lo ocurrido en la pieza inmediata al taller de nuestro buen maestro Roque, que seguirá por algun tiempo dando tijeretazos á diestro y siniestro, y revolviendo en su cabeza la lisonjera idea de ver á su hija casada con un caballero principal, rico, y de no muy despreciable figura. Ya estaba pensando el caviloso viejo en dejar su tienda y despedir sus oficiales, porque en esta tierra de Dios es cosa sabida que para que á un hombre se le tenga por algo es preciso que empiece por no hacer nada, ó por hacer algo malo; siguiendo estas máximas inmorales pensaba tambien entrometerse en todo, hablar de todo sin entender una jota de nada, aspirar á los primeros empleos sin saber desempeñar el de portero, revolver, bullir, calumniar á este y al otro, en fin, procurar que no le calificasen de hombre de bien, porque ser hombre de bien en este siglo es ser lo peor que se puede ser en este mundo. La mujer del maestro, señora respetable, que allá por los años de 1818 no habia podido resistir á los encantos del amor, pintados por el entonces oficial de sastre, abandonó á su noble familia que no podia permitir semejante enlace, y unió su suerte á la de aquel que la habia hecho feliz á pesar de sus ridiculeces. La mujer del maestro, repetimos, aprobaba el enlace de su hija con Enrique, porque en cierto modo, conforme con las ideas de su marido, se iban á colocar en una posicion mas ventajosa. Veremos hasta qué punto quedaron satisfechos sus deseos.

La hermosa Carolina dominada por una de esas afecciones nerviosas que apocan nuestro espíritu y nos presentan por el lado mas triste las ilusiones mas risueñas, se habia retirado á su cuarto para poderse entregar libremente á la meditacion de sus desgraciados amores. Sentábase algunas veces al piano, recorria sus notas con marcada indiferencia, parábase de repente, recorria con ávidos ojos sus cuadernos de música, levantábase como para dirigirse á alguna parte, y dejábase caer á plomo sobre la primera silla que encontraba, y allí con la cabeza reclinada sobre el pecho permanecia por algun tiempo, combatida por mil incertidumbres. Resuelta al fin á adoptar el partido que le dictaba su corazon, cogió una pluma, y escribió con la mayor entereza.

«Mamá, que al principio aprobaba mi inclinacion hácia Vd., se acaba de decidir al fin por ese hombre que ha dado en perseguirme, y á quien aborrezco. Esta misma semana quizá quedaría verificado nuestro enlace, si no tomase esta resolucion para libertarme de tanto peligro. Mi tia Dolores, única persona que pudiera componerlo todo, se halla en Albacete. Si en el momento de recibir esta carta se pusiese Vd. en marcha ella volaria en mi auxilio. ¡Ah! *si* Vd. me amá, no perdamos un instante, mi tia vendrá con Vd. en cuanto lea estos renglones de—CAROLINA.»

Iba á cerrar este billete; pero dejándose arrastrar por el fastidio que la dominaba, parecióle mal el medio que elegia, y arrojó la pluma y se levantó dejando el escrito olvidado sobre la mesa. Al fin, taciturna y pensativa fue á colocarse frente á una ventana desde donde esperaba ver á Ricardo. Afortunadamente para ella no se hizo esperar mucho tiempo el mozalvete. Asomó el enamorado jóven la cabeza por el esquinazo que ocultaba la casa de su amada, y por mas que ésta procuró disimular la agradable impresion que le causó su vista, conocióla el jóven y aceleró su paso, si bien agitado por las mismas dudas que hasta allí le habian atormentado. Abrió Carolina de par en par las vidrieras de su ventana, y mostróse mas hermosa que nunca á los ojos de Ricardo. No vaciló éste un momento sobre el partido que debia tomar, subió aceleradamente la escalera, y á los pocos pasos se encontró frente á frente con aquella mujer incomprensible y misteriosa. Sonrosáronse las pálidas mejillas de Carolina, quiso articular algunas palabras, y su labio balbuciente y trémulo apenas acertó á pronunciar el nombre de Ricardo. Ricardo no acertaba á comprender tanta dicha. Veíase por primera vez al lado del único sér que amaba sobre la tierra, sin que ningun testigo interrumpiese sus miradas, ni les impidiese declararse aquella pasion mútua que ya se habian revelado con los ojos. En aquel instante creyó imposible que Carolina pudiese amar á otro. Dejóse arrastrar por esta idea seductora y halagüeña, y la dijo casi temblando.

—Carolina, ¿es cierto que Vd. me áma?

—No debiera Vd. preguntármelo, Ricardo.

—Dice Vd. bien, hermosa Carolina, no debiera yo preguntarlo, porque mi corazon y sus miradas de Vd. me lo han estado revelando por espacio de tres años; pero era tal mi desconfianza que no me atrevia á creer que el cielo me hiciese merecedor de tanta dicha.

—Si supiese Vd., Ricardo, cuánto he padecido en ese tiempo. Yo que leia en el corazon de Vd. y le veia atormentado por la incertidumbre mas amarga. Ese D. Enrique ha nacido solo para oponerse á nuestra dicha.

—Señorita, esclamó Ricardo mirando á su alrededor, ha pronunciado Vd. un nombre que me hace estremecer, ha nombrado Vd. á la única persona que me hace recordar las dudas mas desconsoladoras. Carolina, ¿se complace Vd. en mofarse de mí? ¿Es esta alguna nueva burla inventada por Vds. dos?

—La mayor prueba que puedo dar de mi sinceridad es esta carta que dirigia á Vd. cuando ni aun tenia la esperanza de verle. Lea Vd.

—¡Es posible! esclamó Ricardo despues de leer el billete que se guardó maquinalmente en el bolsillo. Carolina, ¿con que es cierto que Vd. me ama? ¿Qué, quieren casar á Vd. contra su gusto? Pero no, ¿cuándo podrá Vd. justificarse de su pasado proceder?

—¡Ah! Ricardo, ¿no basta una sola palabra mia para que Vd.... y aquí interrumpió á Carolina la estentórea voz de su padre que entró gritando como un desaforado.

—¡Voto va! ¿con que se mete Vd. en el cuarto de mi hija? ¿No desiste Vd. todavía de sus pretensiones? Y Vd. permite que los hombres se introduzcan en su cuarto? Hoy me ha dado Vd. mil motivos de disgusto, señorita, Vd. se ha educado en el mejor colegio de Paris, ¿le han enseñado á Vd. en el colegio á llevar entretenidos á dos hombres á un mismo tiempo? ¿Le han enseñado á Vd. á prorumpir en carcajadas cuando ve Vd. caer á las personas en los estanques llenos de inmundicia? Señorita, está Vd. procediendo como una coqueta de malos sentimientos. Yo no me atrevo á creer que Vd. sea coqueta; dígamelo Vd. sin rebozo, yo lo mando, ¿es Vd. coqueta, señorita?

—Papá! dijo Carolina sin atreverse á levantar los ojos.

—Vd. ama á D. Enrique. ¿Por qué alimenta Vd. las esperanzas de ese pobre Ricardo?

—¿Cree Vd. papá que yo puedo amar á D. Enrique?

—¡Cómo qué! ¿pues no está Vd. en correspondencia con él hace mil años?

—Yo te diré, Roque, le interrumpió su mujer presentándose.

—¿Qué es esto? ¿estabas tú ahí?

—Aquí estaba desde que ví entrar á ese caballero.

—Me gusta que vigile Vd. los pasos de su hija; pero Vd. no debe decirme nada todavía: ya le llegará su turno: deje Vd. entretanto que hable su hija de Vd. Como iba diciendo, señorita, Vd. está hace tres años en correspondencia con Enrique.

—Jamás ha escuchado D. Enrique una palabra de mi boca que le haga concebir la esperanza de que podré amarle. Su amor propio le alucina hasta el punto de creerse correspondido, y como no me es permitido decirle no le amaré á Vd. nunca....

—¿Que no te es permitido decírselo? ¿Pues quién te lo impide?

—Yo te diré, esclamó Adela.

—Ya me lo ha dicho Vd. todo, señora, le interrumpió su marido ciego de cólera. Vd. es la que violenta á su hija. Vd. es la que me la pone en el caso de dar la mano á un hombre que quizá aborrece. ¡Pobre Carolina! si yo te viese casada á disgusto, si yo supiese que no eras feliz.... Ah! dame un abrazo, hija mia; pero no, todavía no se ha justificado Vd. á mis ojos. ¿Por qué ha tomado Vd. por un juguete á ese Ricardo? ¿Por qué alimenta Vd. sus esperanzas sin amarle?

—Pero ¿porqué infiere Vd. que no le amo?

—Cuando ese maldito D. Enrique le jugó la tostada de dejarle durmiendo á pierna suelta, despues de haber despeñado todas las caballerías que encontró á mano, subias tú en la diligencia celebrando una burla tan pesada.

—Como don Enrique es tan diestro en el manejo de las armas, y yo los veia á los dos en disposicion de batirse, preví que podia triunfar de Ricardo. Cualquier suceso que evitase el desafío debia ser para mí recibido con gusto; asi es que cuando al subir á la diligencia me contaba Enrique la burla de que era víctima su contrario, aprobé una accion que en otras circunstancias me hubiera llenado de ira, y hasta me reí de veras celebrando tan diabólico pensamiento.

—¡Ola! ¡ola! ¿con que esas tenemos? es decir que está Vd. apasionada de un hombre á quien supongo no conoce Vd.; sepa Vd., señorita, que ya me va disgustando el asunto, y ya debe Vd. suponer que no reparo en intereses; porque gracias á Dios, puedo señalarle una buena dote, sino que temo que dé con algun calavera.

—No, papá, yo he sabido que Ricardo es hijo de un comerciante de Bilbao que murió hace algunos años, y que es un jóven de bellísimas cualidades, que sabrá hacerme feliz y granjearse el cariño de Vds.; sí, y de Vd. tambien, querida mamá.

—Pero, hija mia.... ¿con que es decir que este muchacho es el que ha elegido tu corazon? ¿con qué es decir que Ricardo ha de ser tu marido? pues bien; si solo asi puedes ser dichosa, retiraré la palabra que tenia dada á Enrique y....

—Y darás tu consentimiento? yo tambien lo doy desde ahora mismo; pero, Ricardo, supongo que estará Vd. pronto....

—¡Oh! Vds. quieren que yo me vuelva loco de alegría. Mañana, esta misma noche pudiera quedar verificado nuestro enlace.

—No tan pronto. Desde ahora se empezarán los preparativos. Yo tengo que informarme de algunas personas de Bilbao que han llegado estos dias á Madrid, y como sea cierto lo que dice Carolina y sea Vd. hombre de bien, no vacilaré un instante en dársela á Vd. por esposa, á pesar de don Enrique; pero ahora que recuerdo, los ví á Vds. salir agarrados del brazo, y sin embargo llegué á sospechar que se iban Vds. á batir ¿me equivoco? cuidado, que no me gustan las mentiras.

—No se equivocó Vd., respondió Ricardo. Quedó aplazado el desafío para las dos, y me ha ofrecido que mandará á mi casa un coche que debe conducirme al sitio.

—¡Cómo! esclamó el maestro, sabe Vd. que eso me da mala espina? ¿A que ese maldito le prepara á Vd. otra burla?

—Fácil puede ser.

—Sí señor, le mandará á Vd. algun coche de alquiler y será capaz de ganar al cochero hasta el punto de hacerle volcar por algun derrumbadero. ¿Dónde era el desafío?

—Se empeñó en que fuese á dos leguas de aquí en cuyo sitio juró que se encontraria antes que yo, acompañado de dos caballeros que servirian de padrinos.

—Ciertos son los toros.—¡Calla! pues ya son cerca de las dos.

—Y desde aquí veo llegar el coche á la puerta de mi casa, añadió Ricardo.

—Efectivamente, repuso el padre de Carolina; pues verá Vd. como aparece por algun esquinazo ese maldito para tenderse de risa si le viese á Vd. subir en el coche ¡qué lástima! si pudiéramos inventar algun enredo para chasquearle!

—¡Feliz idea! esclamó Ricardo; Carolina, puesto que Vd. ha de desahuciarle antes y con antes, suplico á Vd. que esto lo haga Vd. por escrito ¿quiere Vd. darme este gusto? Escriba Vd.: yo dictaré.

—Escribe, Carolina, le dijo su padre.

—Escribe, añadió tambien su madre.

Y escribió Carolina estas palabras que le dictó Ricardo.

«Sr. D. Enrique: por razones de familia que no »puedo revelar á Vd. me veo precisada á decirle que »nunca podrá ser suya—Carolina.»

—Pero ¿y con esto se consigue chancearle? preguntaron todos.

—Dejadme hacer, contestó Ricardo doblando la carta exactamente igual que la otra que momentos antes se habia guardado en el bolsillo: y señalando con el dedo hácia la calle indicándoles el sitio en que se habia colocado su rival, consiguió que todos volviesen la cabeza, en cuyo instante sacó la otra carta, y se la puso delante á Carolina para que pusiese el sobre á don Enrique, lo cual verificado la obligó á asomarse á la ventana y á que ella misma le llamase para arrojarle el papel. Si los términos en que estaba concebido el otro escrito no hubieran sido bastantes á persuadir al presuntuoso Enrique de que solo podia ir dirigido á él, le hubiese acabado de convencer el sobre y el recibirlo de mano de Carolina.

Acercóse á la ventana apenas percibió la menor seña, gallardeóse algun tanto como ufano de su triunfo, y retiróse á un portal inmediato donde leyó con muestras del mayor asombro el misterioso papel que acababa de tirarle Carolina. Las cuatro personas colocadas en la ventana no perdian ninguno de los movimientos del burlado amante, que lo que menos pensaba es que en el cuarto de su amada pudiera haber otra alguna persona.

Acercóse turbado á la ventana, tosió dos ó tres veces hasta que la entreabrió misteriosamente la trémula mano de Carolina, y casi balbuceando le dijo:

—Carolina, ¿es cierto lo que me dice Vd. en este papel?

—Cierto.

—¿Y no habrá otro remedio?

—Ninguno.

—Pues antes de ocho dias.....

—A Dios, le dijo Carolina sin dejarle concluir; estoy llamando la atencion de cuantos pasan, y se apartó de su vista, retirándose al sitio desde donde le estaban observando los demas personajes.

Vaciló algunos instantes el confiado Enrique, aturdido por aquel golpe inesperado. Miraba á todas partes sin acertar á decidirse á nada, hasta que fijando la vista en el coche parado á la puerta de Ricardo, se dirigió á él con la velocidad del rayo.

—Cochero, gritó como un loco.

—Señorito.

—Quiero llegar á Aranjuez antes de dos horas.

—Se burla Vd., ¿pues y el otro á quien he de volcar?

—Ya no es necesario, volemos á Aranjuez. Allí encontraré caballos de posta sino pueden seguir los tuyos. Volemos, ya me conoces, te arrojaré el oro á puñados.

El cochero que efectivamente conocia á D. Enrique, hizo crugir su látigo sobre sus no muy malos caballos que salieron á escape y se perdieron de vista con asombro de Carolina y de sus padres que no acertaban á comprender aquella pantomima, pues desde donde estaban no podian oir las palabras que mediaron entre Enrique y el cochero.

—¿Quiere Vd. decirme qué significa esto? preguntó por fin á su presunto yerno.

—Eso quiere decir, respondió éste, que ese hombre no pára hasta llegar á Albacete.

—No comprendo.....

Esplicóles Ricardo la intriga de que estaba siendo víctima el terrible chasqueador y manifestóles lo infructuosas que serian cuantas diligencias se hiciesen para detenerle, caso que lo intentasen.

—No seré yo el que le detenga, dijo el padre de Carolina; pero lo único que siento, es que aquel hombre no parará hasta encontrar á mi hermana, y mi hermana, segun me dice en una carta que acababa de recibir un momento antes de entrar aquí, no está en Albacete, salió de allí con direccion á Francia hace tres dias.

—Perfectamente, esclamó Ricardo, de ese modo es mas pesada la burla de lo que yo me habia prometido, porque él no vuelve á Madrid sin la persona á quien vá á buscar.

—Qué bueno es eso! esclamó el maestro; y la vendrá dispensando mil obsequios, siendo asi que la aborrece con sus cinco sentidos.

—Y cuando vuelva, prosiguió Ricardo, se encontrará con que Carolina tiene un esposo que la adora y él un enemigo que sabe pagarle en la misma moneda, acordándose de aquel antiguo refran que dice «Donde las dan las toman.»

EPILOGO.

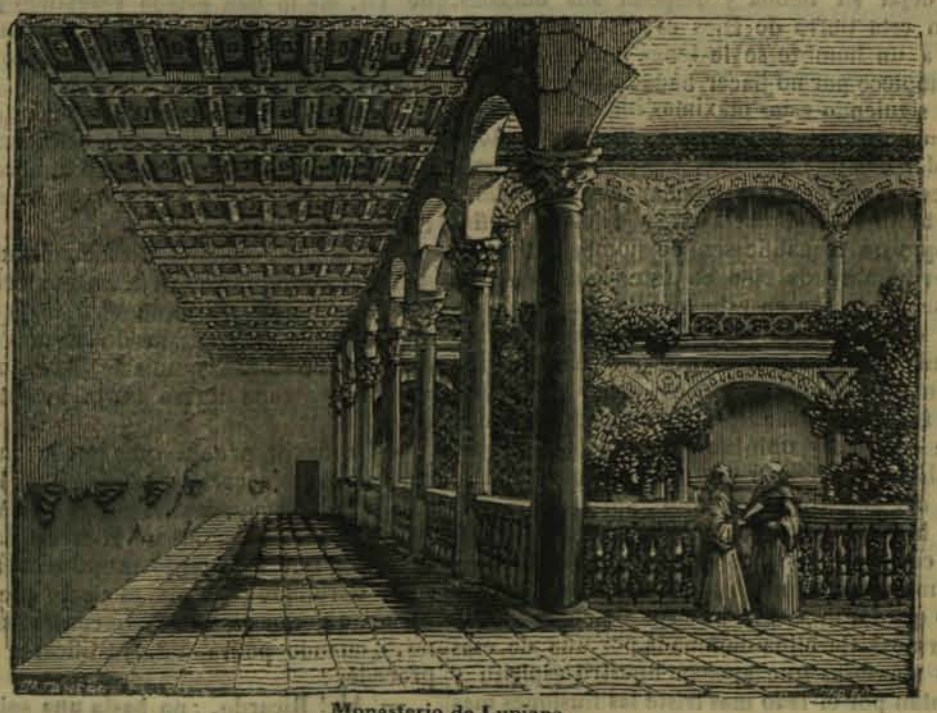
Efectivamente, despues de un mes volvió Enrique con la tia de Carolina, de quien habia sufrido con gusto sus mil impertinencias, y ambos quedaron admirados al saber el enlace de Carolina. Ricardo lejos de ocultar á su rival la trama que le habia hecho viajar en posta un mes entero, le declaró lisa y llanamente lo ocurrido, añadiéndole que estaba pronto á sostener con las armas la menor de sus acciones; y Enrique á quien las agujetas no le permitian tenerse en pie, tuvo que reconocer y respetar los derechos de un marido; si bien no pudiendo reprimir su cólera, salió de la sala retorciéndose los bigotes y pateando y haciendo firme propósito de no volver á pisar aquellos umbrales; pero lo que le hizo llevar la mano á los cabellos, fué que el maestro le dijese con cierta risita irónica: amiguito, no olvide Vd. aquel refran que dice: «Donde las dan las toman.»

M. J. Diana.

REVISTA DE LA QUINCENA.

A fin de seguir desde el próximo número de nuestro periódico el plan indicado en la *advertencia*, vamos á hacer hoy una brevísima reseña tanto de los sucesos de mas bulto recientemente ocurridos, como de las funciones últimamente representadas en los teatros.

Palacio del duque de Liria.



Monasterio de Lupiana.

Se halla hoy Mr. Guizot en Passi, poblacion distante de la capital de Francia, gozando de lice

por un mes para restablecer su salud harto quebrantada de resultas del escesivo trabajo que le abruma y no puede resistir su proverbial actividad, su asidua perseverancia, ni su privilegiada fibra. Sobre esta licencia se han hecho diferentes comentarios: ha habido quien suponga, que se le dispone á Mr. Guizot una retirada semejante á la de Mr. Villemain hace pocos meses: esta suposicion ha sido desmentida por algunos periódicos semi-oficiales: de todos modos la

Corte de Luis Felipe el dia 1.° de mayo de 1845.

licencia cumple el 27 de mayo y así pronto ha de saberse lo que hay de cierto en este asunto.—Segun noticias de Otaiti el almirante Hamelin no ha sido recibido por la reina Pomaré en sus dominios. Interpelado el gobierno francés acerca de estas noticias en la cámara de Diputados, ha respondido que carecian de fundamento, si bien en caso de ser ciertas tenia órden Mr. Bruat de formar un gobierno provisional de los jefes indios, logrando así la ventaja de permitir á la reina Pomaré entenderse con el gobernador para colocarse otra vez en el trono.

Vista del palacio y plaza de S. Miguel en Viena.

Brillante ha estado la córte de Luis Felipe el dia 1.° de mayo. S. M. recibió en las Tullerías á todas las corporaciones y altos dignatarios del estado, así como al cuerpo diplomático, de cuyos sentimientos en tan fausto dia fue digno órgano el nuncio de Su Santidad en la capital de Francia. En estremo conmovido contestó Luis Felipe á la felicitacion del digno prelado, y en seguida resonaron vivas aclamaciones al rey de los franceses; aclamaciones que se reprodujeron con mas entusiasmo al salir el monarca á uno de los balcones de palacio despues de terminada la comida. Fuegos artificiales, cucañas y otros regocijos públicos han señalado para el pueblo este dia de alborozo hasta para los mas desvalidos, quienes han tenido ocasion de encomiar la munificencia del soberano mas célebre de Europa.

Mientras en la cámara de Diputados de Francia interpelaba Mr. Thiers al gobierno sobre la existencia de las congregaciones religiosas prohibida por las leyes, aprobaba la cámara de los Comunes de Inglaterra la dotacion para la universidad de Meynoot, ¡singular contraste de la Francia católica con la Inglaterra protestante!

Una discusion tan prolongada como curiosa ha tenido lugar en la cámara de Lores de la Gran Bretaña con motivo de la numerosa concurrencia que habia asistido á la ejecucion de un reo de muerte. Se declaró el marques de Clauriearde contra la costumbre de asistir á un acto tan doloroso como el espectáculo mas ameno. Estas justas observaciones fueron apoyadas por lord Brougham, y adhiriéndose al mismo dictámen lord Stanley dijo que trataria con Sir

James Graham, ministro de lo Interior, de la represion de este abuso.

Parece que en Argel se ha dado ya principio á las nuevas hostilidades, existiendo ya en campaña multitud de columnas y advirtiéndose asimismo grande agitacion y movimiento en las poblaciones acampadas en el desierto, lo cual se atribuye á los agentes de Abdel-Kader, que no perdonan medio de lograr sus fines. Se habla de un choque sostenido por el coronel Saint-Arnaud delante de Orleansville, en el cual ha habido algunos muertos y heridos en los dos bandos. Tambien á la vista de Tenes ha habido otra escaramuza de poca importancia.

Segun escriben de Viena una inundacion ha causado allí bastantes desgracias. De vuelta de San Petersburgo nuestro compatriota Unanue ha merecido un obsequioso recibimiento al célebre maestro Donizetti en la capital de Austria: el artista ha lucido sus facultades en casa del compositor, haciéndose digno de sus aplausos. Unanue no ha admitido ninguna de las ventajosas escrituras que se le han presentado para diversos teatros de Italia, prefiriendo residir algun tiempo en Milan esclusivamente dedicado al estudio de su arte.

Nuestro amigo el acreditado poeta don Antonio Gutierrez ha salido de la Habana con direccion á Yucatan: estamos seguros de que allí como en toda América tendrá una señalada acogida, por su justa reputacion, por sus escelentes cualidades, y mas que todo por la patria á que pertenece.

Todas las noticias de Roma están contestes en asegurar el nombramiento de Monseñor Brunelli para nuncio de Su Santidad cerca de la reina de España, su elevacion al capelo y su próxima venida á la córte.

Cada dia se tocan mas de cerca las ventajas del establecimiento de la comision de monumentos. En el monasterio de Lupiana que fue el primero de padres gerónimos que hubo en España y se halla situado á dos leguas de la ciudad de Guadalajara, se acaba de descubrir el sepulcro de doña Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona, hija del almirante don Diego Hurtado y nieta del rey don Enrique II, segun aparece de la biografía impresa con este motivo y es como sigue:

Fue doña Aldonza de Mendoza, hija del almirante don Diego Hurtado, y doña María de Castilla, hija del rey don Enrique el II; cuando fue de edad competente la casaron sus padres con don Fadrique de Castro y Castilla su primo segundo, duque de Arjona, conde de Trastamara y señor de la casa de Castro, Lemos, Sarria, Ponferrada, Villafranca el Bollo, Viena de Robledo, Arcos y Elantada, hijo de don Pedro Enriquez condestable de Castilla, y de doña Isabel de Castro, señora de este estado. Quedó la duquesa de Arjona viuda y sin hijos, retiróse á Guadalajara con su padre, y allí vivió toda su vida sin mudar estado. Murieron sus hermanos y dejáronla por heredera suya, y así quedó muy rica; tratáronla muchos casamientos y no arrostró ninguno por darse toda entera á Dios, y así se le lució en la vida que vivió, y la muerte que Dios le dió, con tanta paz y consuelo de su alma. Murió en esta ciudad el año de 1435 con los de gran sierva de Dios: llevándola á enterrar á san Bartolomé de Lupiana, donde yace sepultada junto al altar mayor en un sepulcro de alabastro.

Como el monasterio de Lupiana es hoy propiedad de don Severiano Paez de Jaramillo, quien por inspiracion propia ha cedido el mencionado sepulcro á la comision de monumentos, esta lo ha trasladado el dia 24 de abril á la sala de escultura del Museo, colocándolo bajo un arco gótico de escelente gusto.

El sepulcro es de un riquísimo alabastro compuesto de dos cuerpos de labores de grandes trabajos y mucho mérito con las armas en relieve sostenidas por dos genios y una estátua de cuerpo entero, que representa á tan ilustre señora en traje de aquella época, tendida sobre la tapa que cubre el sarcófago: en el intermedio de los cuerpos se lee en letras góticas lo siguiente: "doña Aldonza Q. D. H. duquesa de Arjona, mujer del duque don Fadrique finó sábado 18 dias del mes de junio año del nacimiento de nuestro señor Jesucristo de mil cuatrocientos treinta y cinco años.»

Felicitamos sinceramente á la comision de monumentos por este nuevo servicio prestado á las artes.

Fáltanos hacer una ligera reseña de las funciones últimamente representadas en los teatros.

Se ha estrenado con muy buen éxito *La Entrada en el gran mundo*, comedia original del señor Rubí. Su argumento ofrece interés, y el diálogo es en estremo animado: aventaja el primer acto á los restantes; el segundo es el mas débil de todos: si la comedia hubiera cuatro actos, nos parece que estaria mejor desarrollado el pensamiento del poeta, puesto que para tres sobra asunto, y asi viene como atropellado el desenlace. Fué el Sr. Rubí justamente llamado á las tablas: en seguida pidió el público á los actores, quienes tambien merecian distincion tan honrosa. Interesante como siempre la Matilde Diez, dió á su papel un carácter de graciosa coquetería. Si alguno hubiera visto á Julian Romea por primera vez en una de las noches en que se ha repetido *La entrada en el gran mundo*, sin mas datos le hubiera calificado de actor eminente, porque no se descuida en la escena un solo punto, y de su corazon brota y su lábio espresa el acento de la lealtad y del mas solícito celo en favor del incauto mancebo, cuya tutela le habia sido confiada por su moribundo amo. El papel de Lorenzo, importante y escelente de suyo, ha recibido gran realce interpretado por Romea. Su hermano don Florencio, ha merecido aplausos por la exactitud con que ha retratado la exageracion de modales de los calaveras de buen tono. La Plácida Tablares ha gustado en el papel de Amalia, y Sobrado y Alverá en los de baron de la Puente y marqués de la Alborada. Deseamos que á todas las comedias originales que se estrenen en el presente año cómico, les quepa tan buena suerte como á *La entrada en el gran mundo*.

En el teatro del *Circo* ha representado una noche parte de la compañía del *Príncipe* la comedia titulada: *Llueven bofetones*, aplaudidísima por el público y admirablemente ejecutada por los actores, quienes tuvieron la honra de ser llamados á la escena. Ha vuelto á cantarse en este teatro la *Beatrice di Tenda* en la que solo ha sido notable el ária del señor Ronconi.

Se han repetido en el teatro de la *Cruz* las representaciones de *María di Rohan*, *Hernani* y *La vuelta de Columela*, y han obtenido de nuevo aplausos la Tosi y la Tirelli, Guasco y Salas.

En la noche del domingo se representó en el palacio del duque de Liria por las hijas de la escelentísima señora condesa de Montijo, el duque de Alba y otros personajes de la alta nobleza la comedia original del señor Rubí, titulada: *Bandera negra*. Fué ejecutada con bastante perfeccion y delante de una escogida concurrencia.

En el teatro del *Liceo* se ha representado en la noche del último jueves, *Marcela ó á cuál de los tres* del señor Breton de los Herreros.

A. F. R.

A LAS ESTRELLAS.

ODA

DEDICADA A MI AMIGO J. M. V.

Por fin, bordando el cielo,
Orlais el regio manto del vacío;
Mudo os contempla el suelo,
Lánguido el astro umbrío
Pinta su frente en el cristal del rio,

No ya, blancas estrellas,
Vereis correr mi doloroso llanto
Al son de mis querellas;
Del alma huyó el quebranto;
Ya no su horror, vuestra presencia canto.

Tras sempiternas sombras
Os veo alzar la amortiguada lumbre
Y esas anchas alfombras,
Que ornan la empírea cumbre,
Ceñir en misteriosa muchedumbre.

De la ciudad vecina
Veo las torres que alumbró serena
La faz del sol divina;
Ora, de asombros llena,
Muerta y sin luz, la soledad resuena.

Tal vez serán las hojas
Que al soplo blando de apacible ambiente
Se estén meciendo flojas;
Tal vez, luengo, el torrente
Lanza del monte su raudal rugiente.

¡Oh, del silencio hermanas!
¡Noche feliz con tu escuadron de estrellas!
Por qué asi tan livianas,
La frente hundiendo en ellas,
Besais del sol las matinales huellas?

Por qué, cuando la aurora
Brota en el mar, con su esplendor violento,
De la estension señora,
Su calma hurtando al viento,
La cumbre abandonais del firmamento?

Mi alma se extasia;
La paz baja á mi mente, y su dulzura
Tan blanda y tan sombría,
De una inmortal ventura
Me inflama el corazon, y de ternura.

¡Cuán grande es ese cielo
Do os levantais vibrando, astros perdidos!
Tras su brillante velo,
Al carro eterno uncidos,
Los genios van de vuestro albor seguidos.

Hasta esa azul llanura
Tiende el vuelo simpar mi fantasía;
Por vos hiende la altura;
Con vuestra luz se guia
Y osada asciende á la region del dia.

Una dulce esperanza
Mi pecho inunda de placer divino:
En eternal bonanza,
Lejos del ruin camino,
Mi patria espera *allí*!.... soy peregrino.

Sin que la ya estinguida
Luz deje un rastro en su inmortal carrera,
Esta mezquina vida
Con su falaz quimera
Huirá como el relámpago, ligera.

Y volaré á mi asiento
Y el cieno pisaré de esta morada
Y amigo el firmamento,
En su quietud sagrada,
Cobijará mi alma enajenada.

Ya escucho esa armonía
Que los etéreos ámbitos poblando
Con suave melodía,
Va en solo un eco blando
La paz y la alegría derramando.

Las ondas me rodean
Del albo incienso que flotante sube;
Chispas de luz clarean
La sacra, ardiente nube
Do en trono ebúrneo se asentó el Querube.

Sus ojos son centellas
Que iluminan los campos inmortales;
Sus deslumbrantes huellas,
Cual fúlgidos raudales,
Encienden vuestros límpidos fanales.

¡Astros de amor! tendeos
Sobre el gran pabellon de la ancha esfera,
En su estension meceos
Y véaos yo do quiera
Sin que os espante el sol con su lumbrera.

Mirándoos fijamente
Pasar quiero mi vida en dulce anhelo;
Nunca el purpúreo oriente
Vista con pompa el cielo;
Yo amo la noche y su profundo velo.

El alba no me inspira
Este desmayo tierno; el pecho ansioso
Por vuestra luz suspira,
Y á su fulgor dudoso,
Grande se siente en su inmortal reposo.

Arda en el viento el dia,
Tiéndase el sol por la oriental llanura;
Mas no su lumbre impía,
La niebla hollando oscura,
Sepulte en su crespon vuestra hermosura.

¡Ay! Fulgurad, oh hermosas
Antorchas del Olimpo, en sus regiones,
En tanto alzan medrosas
Las sombras sus pendones
Cubriendo los sagrados pabellones!

Haced que pronto vea
Esa mansion feliz de mi ventura
Do el carro el sol pasea;
Que, rota ya la impura
Tiniebla, en luz se torne esta pavura.

Que sienta hundirse el mundo
Bajo mi planta, el firmamento hollando
Y, á su esplendor fecundo,
Libre el cenit surcando,
Vuele de un Dios al templo venerando.

FRANCISCO CEA.

Variedad de juicios acerca de la belleza.

Entre las cualidades cuya esencia se ha investigado con mas empeño por una infinidad de autores, ocupa sin duda uno de los primeros lugares la que dice relacion á lo *bello*. ¡Qué de indagaciones sin fruto, qué disparidad en los juicios, cuánta diversidad de sistemas! Nuestra alma, segun Platon, tiene en sí misma la idea de la belleza *arquétipa*, imágen de la Divinidad, la cual posee exclusivamente la suprema hermosura en su esencia; y esa esencia de lo bello, segun el mismo, *consiste en el órden, conveniencia y resoluciones de concordancia existentes entre las partes para formar un todo regular y simétrico.* Condiciones son esas que podrán satisfacer muchos gustos; pero un *escarabajo* las reune, y el escarabajo no es *bello*. San Agustin hace consistir la belleza en la *unidad*, y estamos en el mismo caso: mil objetos hay que son *unos*, y sin embargo son tenidos por *feos*. ¿Será que uno y otro escritor entiendan por *belleza* otra cosa que lo que entendemos nosotros, ó que den á la voz mas latitud de la que tiene para la generalidad? Nosotros sospechamos que sí; y si la belleza para ellos es cuestion puramente *metafísica*, no tendremos dificultad en convenir que la *araña* y el *sapo*, v. gr., son *bellos* en ese sentido.

Aristóteles entiende por belleza *el complexo ó reunion de ideas de grandeza, órden y unidad que resaltan en los objetos;* pero aunque esto es ya dar un paso mas, nos parece no obstante que esta definicion ofrece tan solo la idea de *lo sublime*, y que si cuadra á la *ballena* por ejemplo, no es tan aplicable á la *rosa* ó al *prado cubierto de flores*. La *regularidad*, el *órden* y la *proporcion* exigidos por el Padre Andres; *la unidad en un todo formado por partes variadas*, ó sea *la unidad en la variedad*, de que hablan Crousas, Mendelsohn y otros; *el mayor número de ideas y sentimientos que la impresion de un objeto contribuya á excitar en el alma*, esencia de lo *bello* segun Sulzer; *la perfeccion observada*, condicion indispensable de lo mismo, si nos atenemos á Wolfio; la *qualche maraviglia* del Padre Gerdil; *las relaciones de utilidad mas ó menos patente que advertimos en los objetos*, con arreglo á lo que dice Russel; *el sentido moral interno* de Hutcheson y Smit; *la conveniencia de las partes con las funciones que ejercen*, segun manifiesta Galieno; todos estos sistemas y otros muchos que podríamos citar, ó están sujetos á una infinidad de excepciones, ó explican el fenómeno á medias, ó no hacen mas que exponer algunos de los rasgos que constituyen lo *bello*, sin que determinen su *esencia*, ó lo que es peor todavía, obligan como el de Platon á llamar entes *lindos* los que en el modo comun de ver no son sino feos y horribles.

Renunciemos, pues, al proyecto de profundizar cuestion tan oscura; y conviniendo en que es *bello* todo lo que causa un placer, una sensacion agradable y hasta cierto punto tranquila, prescindamos de inquirir vanamente las condiciones elementales de esa sensacion, cuya anatomía, por decirlo así, aparece del todo imposible. ¿Seremos mas felices, limitando nuestras investigaciones á la sola cuestion del placer? Desde luego decimos que no. Un objeto que es grato á mis ojos, puede suceder que horripile á quien no lo mire cual yo, y entonces ¿quién me dice que acierto, ó que solo mi gusto es legítimo? ¿dónde está el *archétipo* ó la pauta á que podamos sujetar nuestros juicios en lo que concierne á lo bello?

Los placeres son relativos á la organizacion, entra en ellos por mucho el capricho, los desvirtúa y mata la costumbre, los ordena ó proscribe la moda. Para distinguir en tales casos cuál placer es genuino ó no lo es, sírvanos en buen hora de regla aquello en que desde la creacion conviene la generalidad de los hombres, y aun para eso tendremos que limitarnos muchas veces á objetos puramente morales; pero qué haremos cuando pueblos y naciones enteras miran con enojo y con tédio lo que otras naciones y pueblos contemplan con delicia y encanto?

Para que un hombre merezca el nombre de *bello*, es condicion indispensable entre los chinos el que sea gordo y grasiento, que tenga la frente ancha, los ojos pequeños y hundidos, corta nariz, orejas grandes, boca mediana, barba larga y cabellos negros. Las mujeres por su parte hacen consistir el *quid* esencial de su belleza en la pequeñez de sus plantas, siendo bien sabido el cuidado con que las nodrizas oprimen los pies á las niñas desde el momento en que nacen, para evitar con esto que les puedan crecer demasiado.

Entre los griegos y romanos era gala y lindeza en las mujeres el tener una ceja en vez de dos, es decir, el ser cejijuntas, presentando en su frente la marca que el célebre Eugenio Sué atribuye al *Judío Errante*. Anacreonte celebra en su querida tan estravagante capricho; y Teócrito, Petronio y otros poetas antiguos encomian en las suyas otro tanto. Ovidio por su parte asegura que las damas romanas de su tiempo, llevadas del afan de aparecer cejijuntas, se teñian el intermedio de las cejas: *arte supercilii confinia nuda repletis.*

La hermosura de las mujeres de Cumaná, provincia de la América del Sur, consiste en tener las mejillas descarnadas, la cara larga, y los muslos extraordinariamente gruesos. Para conseguir todo esto, se las oprime, desde que nacen, la cabeza entre dos cojines, y se las ata fuertemente las piernas por encima de las rodillas.

Los abisinios se encantan á la vista de una nariz chata ó que apenas resalte del rostro; los naturales del Brasil machucaban á los niños la punta de la nariz para así contemplarlos mas bellos, y los persas se enamoran de las narices corvas ó aguileñas, porque Ciro, segun ellos dicen, las tenia dispuestas así.

¿Y qué diremos de los habitantes de las Islas Marianas, los cuales están en sus glorias cuando se tiñen el pelo de blanco, y los dientes de rojo ó de negro?

Entre los árabes del desierto las mujeres se complacen en marcar de negro el borde de sus párpados, prolongando una línea del mismo color á la parte externa de los ojos, para que aparezcan así mas abiertos. En otros paises se pintarrajean las mujeres el rostro con una multitud de rayos azules, imitando, dicen, las venas, las cuales en su modo de ver, contribuyen á realizar notablemente la hermosura, si son excesivas en número. Por lo demas, nosotros creemos escusado entrar en pormenores acerca del pintarrajeo con que adornan su cuerpo infinidad de salvajes; siendo bien sabido el valor en que tienen sus colores y el tédio con que miran las carnes cuando la epidermis se ostenta sin ese atavío artificial que tanto parece estar en contradiccion con la naturaleza.

Entre las européas se ha notado tambien gran placer en pintarse la tez, ya para dar á sus mejillas el sonrosado de que carecen, ya para sustituirlo con una palidez cadavérica: llegando algunas señoritas de nuestros tiempos al extremo de sangrarse repetidas veces por el solo placer de estar pálidas. Cuando en Francia eran moda los coloretes y los lunares con que el artificio tiznaba á las damas, preguntó una de estas á cierto extranjero ¿qué opinion formaba acerca de las beldades francesas? Señora, respondió chuscamente el extranjero, yo no sé qué deciros sobre este punto, *porque en materia de pintura soy conocedor hartoflojo.*

Cuando nuestra corte se hizo francesa, sabido es el influjo que en todo lo nacional ejercieron las modas de nuestros vecinos. Las pelucas y los polvos blancos que tanto nos desagradarian ahora, fueron largo tiempo el gran tono, la condicion *sine qua non* de la belleza femenina y viril.

Pueblos hay en que es gala teñirse las cejas de blanco, y pueblos en que la suma perfeccion consiste en llevarlas rapadas, contándose, sino estamos equivocados, nuestras españolas del tiempo de los cartagineses entre las idólatras mas fanáticas de esta última y singular extravagancia. ¿Qué diremos de las barbas, bigotes, patillas y peras que tantas metamorfosis han sufrido y están destinadas á sufrir entre los hombres, y que si ora parecen lindísimas, mañana presentarán el carácter de espantosamente deformes? El padre Buffier considera la *deformidad* muchas veces como uno de los rasgos característicos de lo *bello*, y aun cuando este modo de ver tenga visos de paradójal, no es sino muy fundado y muy cierto en lo que concierne á la moda. Bartolomé Leonardo de Argensola dijo muy bien á este propósito:

«Pone el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
Que es belleza tener algo de feo.»

Tanto en este como en la mayoría de los casos que acabamos de citar, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la hermosura resultante de tan estrañas y diversas costumbres, podrá serlo en buen hora á los preocupados ojos de los pueblos que las siguen; mas no por eso deduciremos legítimamente que ese gusto particular no esté reñido con la naturaleza. Esta, al darnos los dientes blancos, blancos los aprueba y no negros; cejas quiere tambien la frente, por mas que la preocupacion ó la moda las rape, así como quiere cola en los dogos, aun cuando el capricho los mutile. Siempre que el arte desfigure los séres de un modo chocante ó contrario á los fines de la naturaleza, bien puede asegurarse que el yerro se encuentra de parte de aquel. *Numquam aliud natura, aliud sapientia dicit.*

Hemos dicho arriba que la generalidad de los hombres conviene en la *belleza moral* con mas facilidad que en la *física*, y esto es consecuencia sin duda del interés que tiene la sociedad en reconocer como *bellos* ó buenos ciertos principios, sin los cuales desaparecerian los lazos que unen á los hombres entre sí. Las acciones generosas y magnánimas serán siempre agradables y bellas á los ojos del mayor número, siendo muy pocas las excepciones que encuentre la regla en algunos corazones depravados. Casos hay, sin embargo, en que cuando la magnanimidad excede los límites de lo comun (y esto pertenece ya á lo *sublime*), la humanidad varía en sus juicios acerca de ciertas acciones, y mas si estas son resultado de la lucha entre la naturaleza y otros deberes, quedando aquella vencida. La muerte de los hijos de Bruto, ordenada por su mismo padre, es motivo de elogio para muchos, y de reprobacion y anatema para no pocos. Nuestro inmortal *Guzman el Bueno*, cuya patriótica conducta ha inspirado á Quintana uno de los himnos de alabanza mas bellos que el Parnaso español reconoce, ha sido por el contrario á los ojos de cierta poetisa, cuyo nom-

bre no podemos citar, objeto de animadversion y aun de encono.

.....«Se llama *bueno*
Al que en Tarifa para abrir el seno
De su hijo Guzman el hierro arroja,
Y por servir á Sancho en sus intentos
A la natura y al amor sonroja.»

Estos versos retratan la mujer cuyo corazon los ha dictado. La mujer es toda *doméstica*; y segun la observacion de un filósofo, tiene en menos que el hombre á la patria. Así no es extraño que en la alternativa de sacrificar un sentimiento natural, ó deprimir un acto tan altamente patriótico, se haya declarado la poetisa de que hablamos por el segundo de los dos extremos, borrando, como quiere Rousseau, del diccionario de las naciones modernas, las palabras *patria* y *ciudadano*. El pais, empero, en que hemos nacido puede ser para un alma elevada objeto de ternura y solicitud aun mas que la esposa y los hijos, y la accion de Guzman el Bueno será siempre admirable y *hermosa* á los ojos de la humanidad, como lo es el sacrificio de Codro, y como lo será ciertamente para los corazones cuyos sentimientos no haya degradado la tiranía el hecho que se cita de Bruto. La inhumanidad aparente que resalta en esas acciones, no se opone al carácter esencialmente *humanitario* de estas, porque «siendo *humanidad* entregar la vida por la patria,» como dice Lista, lo es tambien el sacrificio de los séres que nos son mas caros cuando la salud de la patria lo ordena, y cuando ese sacrificio preserva á una ciudad, á una provincia, á toda una nacion por ventura de males y desgracias sin fin.

Por lo que toca á la *belleza literaria* y *artística*, los votos de los hombres no se hallan tampoco de acuerdo en todos los paises y climas, resintiéndose tambien de la moda, de la preocupacion, del capricho y de la organizacion individual. Metastasio y Laborde sostienen que no hay bello ideal *permanente* en pintura ni en música. Nuestra escala diatónica, que tan natural nos parece á nosotros los europeos, es insoportable para ciertos oidos orientales, los cuales se lastiman y asustan del efecto que les produce la colocacion de nuestros semitonos. La escuela moderna llamada romantica ha erigido en principios de belleza literaria, elementos que hasta nuestros dias habian sido considerados por la mayoría de los hombres, llamados de gusto, como horribles deformidades. Seamos justos sin embargo, y no atribuyamos á la tal escuela otras miras que las que realmente ha tenido. Su objeto era derrocar la tiranía que pesaba sobre las letras, y al verificarlo ha pasado los límites de lo razonable, y los ha pasado á sabiendas. Las cosas han comenzado á volver á su quicio, y la exageracion no es ya tan de moda como lo era antes. Tiempo vendrá en que transigiendo sus diferencias los sectarios de ambos *esclusivismos*, reconozcan unos y otros que el gusto literario y artístico debe ser tolerante y *variado*; y que empeñarse en no reconocer sino ciertas y determinadas formas para representar la naturaleza, es lo mismo que exigir á los hombres que vistan un mismo traje, cualesquiera que sean sus climas y su modo de gozar y existir. El gusto de que hablamos está mas relacionado de lo que parece con los placeres materiales, en cuya apreciacion se diferencian tanto los hombres, y así volveremos al tema que constituye principalmente el objeto de nuestro artículo; á la naturaleza puramente física.

Así como en los casos de mutilacion y pintarrajeo no es posible sostener que los objetos así desfigurados tienen una belleza real, y que como tal deba ser recibida por todos, de la misma manera decimos que los gustos literarios y artísticos, emanantes de la misma controversion á las leyes de la naturaleza, son en sí ficticios y absurdos, por mas que los autorice la moda, la preocupacion ó la costumbre, en paises y naciones enteras. La arquitectura churrigueresca ha caido como efecto de circunstancias transitorias, y así irán cayendo otros usos en otros paises del globo por la misma y sencilla razon. ¿Cómo puede ser eterno en Guinea el prurito de taladrar el labio inferior á los niños, procurando abultarlo horriblemente, deprimiéndolo despues de un modo espantoso, y haciendo consistir en ello la belleza del rostro mujeril? La verdadera y legítima civilizacion, esa civilizacion que vindica los derechos de la naturaleza, en vez de proscribirlos ó ultrajarlos, penetrará tarde ó temprano en ese pais, y sus moradores reconocerán el absurdo de semejantes practicas. Pero las cosas tienen un término, y debemos ser razonables. Habitantes de paises enteros salen de manos de la naturaleza con una configuracion que no es la nuestra, con un color exclusivamente suyo, color y configuracion, que si á nosotros nos parecen feos, para ellos deben ser, como en efecto lo son, agradables y hermosos. Las formas graciosas y suaves de una georgiana son á nuestros ojos objeto de encanto y admiracion; pero ¿exigiremos el mismo placer del kalmuko, que dotado por la naturaleza de rasgos groseros y bruscamente pronunciados, se place en contemplar con preferencia los séres pertenecientes á su raza? La Venus de Médicis y el Apolo de Belvedere son hasta ahora el tipo mas bello de otra raza que nosotros nos extasiamos en admirar; pero un negro de Guinea desearia ante todo un mármol negro, y aun si fuera posible aceitoso, exigiendo ademas entre otras cosas dos ojos hundidos y una triste nariz achatada. ¿Proscribiremos el gusto del negro? Interrogad al diablo, dice Volter, y él os dirá que la belleza consiste en tener un par de cuernos, cuatro patas y un rabo. ¿Qué le responderíamos nosotros? Que en lo que toca á objetos puramente físicos, si bien no merecen respeto toda clase de extravagancias, es frecuentemente muy justo el refran ó adagio que dice: *sobre gustos no hay disputa.*

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

ANUNCIOS.

HISTORIA
DEL
CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON,
POR Mr. THIERS.
TRADUCIDA, CORREGIDA Y AUMENTADA
POR DON ANTONIO ALCALA GALIANO,
CON 60 MAGNIFICOS GRABADOS EN ACERO.

Diez tomos en octavo mayor.

De la publicacion de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO por Thiers, ya hemos hablado en otro prospecto. Allí sin encarecer la importancia de ese libro que tal periodo de la historia moderna comprende y por tal historiador está escrita, nos limitábamos á anunciarla, persuadidos de que cuanto se refiere á Napoleon es popular en toda Europa, y de que cuando el historiador del hombre de la época ha visto multiplicarse en todos los paises de una manera asombrosa su HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, el interés que inspira el héroe se aumenta con la idea de un escritor de tan superior talento. Hoy sin prodigar encomios á una obra que no los necesita, podemos asegurar á los que á ella se suscriban grandes ventajas.

El editor D. IGNACIO BOIX ha celebrado un contrato con Mr. Paulin, editor propietario de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, en virtud del cual ha adquirido el derecho de imprimir en España y Francia una traduccion española de aquella obra, dándola á luz, al mismo tiempo y en los mismos periodos que el original se publique en París. Y como este derecho adquirido por el editor don Ignacio Boix es esclusivo, se deduce naturalmente que la traduccion que salga de sus prensas se repartirá á los suscritores mucho antes que cuantas traducciones se hagan de ese libro que aguarda anhelante el mundo literario, y cuya aparicion es un verdadero acontecimiento.

Aun no seria suficiente la ventaja de adquirir la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO si la prontitud de su publicacion no estuviera en armonía con lo esmerado del trabajo. Para conciliar ambos estremos, esta traduccion está publicándose bajo la inspeccion de un literato de tan justa y merecida nombradía como el señor don Antonio Alcalá Galiano, quien la corregirá y anotará brevemente para darle nuevo interés y mayor realce.

Mas la adquisicion del derecho exclusivo de publicar la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, el confiar su traduccion á conocidos escritores, y su inspeccion á una persona que tan alto puesto ocupa en la literatura, suponen grandes gastos, y podia creerse que el editor se propone lograr prontos reembolsos, y disminuir el mérito de las ventajas con lo escesivo del precio. Bien lejos de eso el precio de suscricion será equivalente al del original en la capital de Francia, de suerte que cada tomo de 450 á 500 páginas tendrá de coste la ínfima cantidad de 20 rs. en Madrid para los suscritores, y 24 para las provincias francos de porte.

De la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO se publicaron en París los tomos 1.° y 2.° lo mismo que en Madrid el dia quince de marzo, y el mismo dia 15 vieron la luz los dos primeros tomos de la edicion española en París y principales capitales de España.

Ha sido tal la acogida que ha merecido del público esta obra con solo la lectura del prospecto, que no son ya suficientes los ejemplares de la primera edicion para satisfacer los pedidos, y se ha dado ya principio á la reimpresion de los dos tomos primeros aumentándose la tirada del 3.° antes de su publicacion. El editor don Ignacio Boix trató de estereotiparle para hacer varias ediciones, aprovechando el adelanto de ser el primero en su aparicion, para surtir todos los puntos de América, para los que ya han salido hace un mes los tomos primero y segundo.

La importancia de la obra que se anuncia exige todo género de sacrificios, y su editor no economiza ninguno para corresponder de una manera digna á la constancia de las muchas personas que honrando cotidianamente su establecimiento, figuran en las listas de sus numerosas publicaciones.

Se ha repartido el tomo 3.° de esta interesante obra, con su entrega correspondiente de láminas grabadas en acero.

Se halla abierta la suscricion en las librerías de Boix, calle de Carretas, núm. 8 y 35, y en la de los señores viuda de Calleja é hijos, como igualmente en las de los corresponsales del reino, extranjero y ultramar de ambas casas.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Ferrer del Rio.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX, calle de Carretas, núm. 8.